6007

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE GRANADA Y SU REINO

NÚM. 1 y 2 | AÑO 1922 | TOMO XII

# La Geografía de la Península Ibérica en los pueblos cristianos, desde San Isidoro hasta el siglo XVI (1)

## CAPÍTULO I.

La Geografía de las Escuelas.—La de los comerciantes y viajeros.—«El libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo».—Viajes de extranjeros por España en el siglo XV.

Al tratar de Paulo Orosio y San Isidoro (2), hemos visto el estado a que había llegado la ciencia geográfica de la antigüedad y también la Geografía de nuestra Península. Se habían olvidado las obras de los grandes maestros. La descripción de Ético, copiada como la de nuestro Orosio de una fuente común que ignoramos cuál sea, y la de San Isidoro, que viene a decir lo mismo que aquélla, son los libros de Geografía que imperan durante gran parte de la Edad Media en la Europa cristiana, llegando a influir también, como hemos visto, en la Geografía Árabe.

Pero independientemente de la ciencia geográfica que representan

(1) Este estudio es continuación del que con el título de *La Geografía de la Península ibérica en los escritores árabes*, se ha publicado en esta misma REVISTA en los años últimos, y del cual se hizo una corta tirada aparte.

(2) En la primera parte de esta obra que, con el título de *La Geografía de la Península ibérica en los textos de los escritores griegos y latinos*, se publicó por el año 1911 en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

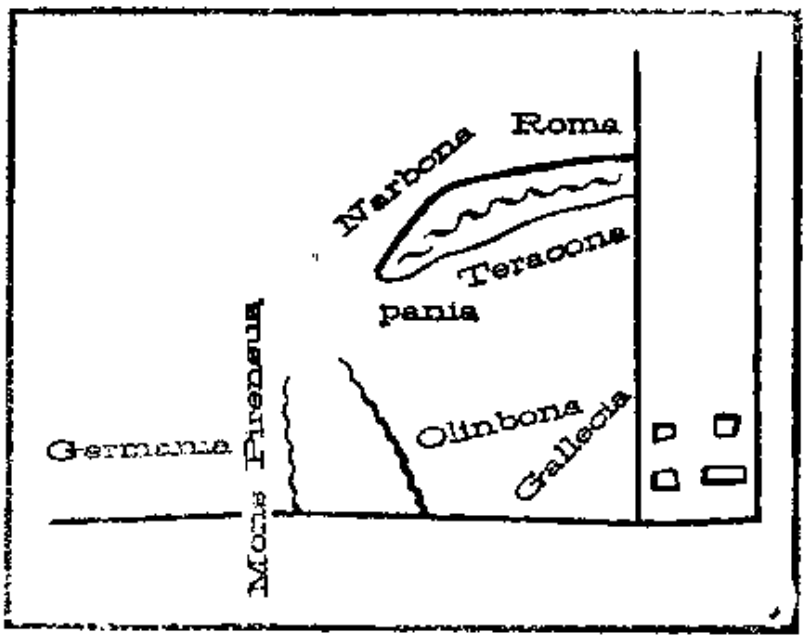
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS DE GRANADA

dichas obras, hemos de convenir en que había otra, originada y mantenida por la necesidad constante de las relaciones recíprocas entre los pueblos, aunque no conste su existencia en libros de la época. Las relaciones internacionales y el comercio marítimo no llegaron nunca a interrumpirse en los calamitosos siglos del comienzo de la Edad Media; y es de suponer que los navegantes y viajeros de la época, por rudos que fuesen, conocerían mucho mejor que los sabios maestros de las escuelas, la geografía de los países que recorrían y costas que navegaban. Tendrían, sin duda, portulanos e itinerarios que les guiasen en su camino, aunque no haya llegado a nosotros ninguno de éstos anterior al siglo XIII; y la prueba que podemos aducir en pro de nuestro aserto, es que el primer mapa de la Península que conocemos debido a este origen, representa un adelanto de más de dos siglos, comparado con los mapas y descripciones de los doctos, tanto de los que seguían la ciencia representada por las obras de Orosio y San Isidoro, como la de los que, al venir el renacimiento, se inspiraron en los libros de los grandes geógrafos de la antigüedad. La moderna geografía de la Península nacerá, pues, de nuevo y llegará a su perfeccionamiento sin deber nada a la clásica griega, romana y árabe: nacerá, debiendo su origen a la necesidad en que el hombre se encuentra de cononer la tierra en que vive para relacionarse con sus semejantes: deberá a lo sumo a la geografía antigua, o mejor dicho al renacimiento, el estímulo o impulso general que entonces tomaron las ciencias por el deseo de saber que se apoderó de todos los ánimos; pero el entusiasmo que a la vez inspiraban los grandes geógrafos de la antigüedad, será, como veremos, un obstáculo a su rápido desarrollo y perfeccionamiento. Veremos la ciencia geográfica de las escuelas divorciada de la geografía real de los viajeros; y sólo cuando los hombres de ciencia se convenzan de los errores geográficos de los antiguos, entonces la moderna geografía, libre de trabas y ayudada a la vez por los adelantos de las ciencias auxiliares, llegará a su perfeccionamiento.

Distinguiremos, pues, durante este gran lapso de tiempo, la Geografía de las escuelas de la de los comerciantes y viajeros.

**La Geografía de las Escuelas.**—Domina en ella la reproducción y repetición de los autores antiguos, cuyas descripciones se ilustran con mapas que acompañan a las copias que de sus obras se hacían. Pueden verse, entre los modelos que ha publicado el señor Blázquez

(1), uno del siglo VIII, conservado en un ms. de la obra de Orosio que se guarda en la Biblioteca de Albi, y otro del siglo X, dibujado para inteligencia de la obra *Etimologías de San Isidoro*. Dichos mapas no pueden dar más que una idea de la disposición general de las grandes naciones o gentes en su colocación repectiva sobre las costas del Mediterráneo, sin que pueda precisarse la configuración general de cada una de las naciones. Lo mismo decimos del mapa de los *Comentarios al Apocalipsis* por San Beato de Liébana, que reproduce el Sr. Blázquez en su citado estudio. En dicho mapa, inspirado también en la obra de San Isidoro y dibujado en el año de 970, no puede ser más deforme la figura de nuestra Península. Los Pirineos aparecen colocados en la parte N. O.; y al S. de ellos se ve escrito el nombre de Olisipona (Lisboa) y más al S. el de Gallecia, únicos nombres que con los de Teracona (Tarragona) y Pania (por Spania), aparecen en el interior del dibujo, que se nos ofrece en la siguiente forma:




La misma figura, aunque en proporción más reducida, se reproduce en una copia del siglo XII existente en Turín, y en otra de fecha anterior, que reproduce el Sr. Blázquez en su Estudio.

(1) Estudio acerca de la Cartografía española en la Edad media, acompañado de varios mapas por Antonio Blázquez, Bibliotecario perpetuo de la Real sociedad geográfica. Madrid 1906.

Ni estos mapas, ni tampoco los delineados en las copias de Tolomeo durante el siglo XIII y en los siguientes XIV y XV, representan adelanto alguno en la geografía; antes al contrario, estorban y sirven de embarazo a la geografía real y verdadera de la época que se iba formando por los marinos y viajeros; pues impedían que ésta entrara en las escuelas y llamara la atención de los sabios que seguían creyendo en su mayor parte que no había más geografía que la de los maestros de la antigüedad. La Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, posee un ejemplar de la reproducción fotolitográfica de los manuscritos de Tolomeo del monte Athos, publicada en 1867 por la casa Fermín Didot. La reproducción de la Península en el mapa de dicha copia no está completa; pues cortada por el lado izquierdo la hoja en que aparece, se interrumpe el dibujo por falta de espacio. En la hoja siguiente, se dibujan el Estrecho de Gibraltar, el Mediterráneo y parte del Océano. Pueden verse dichas reproducciones en el estudio del Sr. Blázquez.

**La Geografía de los comerciantes y viajeros.**—Con independencia de la ciencia de la antigüedad y separada completamente de la Geografía de los eruditos, empieza de nuevo a formarse durante la Edad media la Geografía cristiana de la península ibérica, debiendo su origen, lo mismo que la arábiga en su mayor parte, a los comerciantes y marinos. La necesidad que éstos tenían de conocer las costas del Mediterráneo dió origen a las cartas de marear, siendo en este particular los españoles los que conocían mejor las costas de dicho mar hasta el siglo XIII, después del cual compartieron tal gloria con los italianos, que llegaron a aventajarles. Véase el curiosísimo estudio del Sr. Blázquez (pág. 48), donde trata más por extenso este punto, concluyendo, por lo que respecta a nuestro objeto, que hubo una carta del Mediterráneo anterior al siglo XIV, o mejor al año 1290 y posterior al 1266, que sirvió de modelo a todas las que durante la Edad media se delinearon de dicho mar; y que el original de dichas cartas, o sea el modelo, fué obra de un español, catalán o mallorquín (1).

(1) «La isla de Mallorca había llegado a ser desde el siglo XIII el foco de los conocimientos científicos en el difícil arte de la navegación. Por el *Fénix de las Maravillas del orbe* de Raimundo Lulio, sabemos que los mallorquines y los catalanes se servían de cartas de marear mucho antes de 1286; que en Mallorca se construían instrumentos, toscos sin duda alguna, destinados a determinar el tiempo y la altura del polo a bordo de los buques...» V. Boletín de la R. Academia de la Historia, t. XIX, pág. 367 y sigs., donde el Sr. Fernández Duro inserta un interesante trabajo acerca de los cartógrafos mallorquines Angelino Dulcert y Jafuda Cresques.

Estas cartas representan un notable adelanto sobre todas las que tenemos dibujadas por los eruditos de la época. Puede decirse que en ellas aparece ya la Península con la orientación que realmente le corresponde, salvo ligeros detalles en algunas de sus partes. Debemos dejar a un lado la carta náutica llamada *pisana* del año 1270, cuya formación acusa un doble origen erudito y popular a la vez. La costa española del Mediterráneo aparece en ella nutrida de nombres de poblaciones, al paso que en las del Océano apenas si se mencionan una docena, no tan desfigurados como cree el Sr. Blázquez, sino con las denominaciones de la época, como diremos después.

Convenimos con el Sr. Blázquez (pág. 46), en que en dicha carta «la forma de la Península no puede estar peor interpretada: no hay en ella nada que pueda recordar las costas que dibuja»; pero no en lo que añade a continuación, diciendo que «ni en el conjunto ni en los detalles, ni en la nomenclatura hay nada que merezca fe respecto de las costas occidentales y septentrionales de España». En el conjunto y detalles no, pero en la nomenclatura sí, aunque hay que confesar que no es todo lo correcta que la deseáramos. Y vamos a dar las razones que tenemos para disentir en este particular de tan insigne geógrafo.

Después de Tarifa, que coloca el autor de la carta en la punta del Estrecho, se leen hacia Occidente los nombres de Xerez o Ceres, Medina (1), Flumeu Sibilia (por Ibilia), Cantara y Cabo de San Vicenzo. Desde este punto hacia el norte se lee: Almada, próxima a la desembocadura del Tajo y en el mismo lugar en que Abenhaucal y Edrisí colocan a Almaden.

Dichos nombres corresponden a los de la época en que se dice que la carta fué delineada, y representan, bajo este aspecto, la geografía contemporánea de la Península; pero no ocurre lo mismo en la orientación general que a ésta se le dá, o sea en el conjunto: y es porque, según opino, el autor de la carta copió, sin duda ninguna, o tuvo a la vista una representación de la Península, deducida de la descripción que Plinio nos dió de la misma. He de manifestar, que habiendo intentado muchas veces dibujar la figura de la España de Plinio, deseché siempre el resultado que obtenía, por creer que no podía ser que resultase semejante disparate: y que fué grande mi asombro al tropezar con el mapa que publica el Sr. Blázquez y ver

(1) Que creemos debe formar uno con el anterior, es decir, el de Medina Xerez.

que se cumple en él todo lo que Plinio dice en la descripción de su Hispania. Dos son, pues, las fuentes de que procede esta carta: el conjunto es de Plinio; los nombres son los de la época. Merece, pues, fe en éstos y no en aquél, porque responde a una descripción que no es de su tiempo, sino de doce siglos atrás. Recuérdese lo que en Plinio hemos dicho: los lados de la Península, correspondientes a los Pirineos y al mar Mediterráneo, aparecían, si no bien, al menos con bastante regularidad, según la descripción de dicho polígrafo, lo mismo que ocurre en esta carta. Pero en los lados occidental y septentrional, ya dijimos que Plinio se había equivocado trasladando el promontorio Ártabro al sitio del Olisiponense, y confundiendo en su descripción estas costas y de tal modo, que la septentrional y el *Océano gálico*, terminaban en el promontorio de Lisboa, desde donde empezaba la costa occidental y el Océano Atlántico. Esto mismo ocurre en la carta que examinamos y que puede verse en el tantas veces citado estudio del Sr. Blázquez.

Dejando, pues, a un lado dicha carta y fijándonos en aquellas que, en su delineación, no acusan influencia clásica, nos encontramos con la carta del siglo XIII, conservada en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, en la que aparece la Península con la orientación debida a sus costas, tanto en los mares Mediterráneo y Atlántico como en la parte de los Pirineos. Apenas si se percibe una ligera variación comparada con un mapa moderno, salvo en algunos pormenores; lo cual confirma nuestra afirmación de que sin la influencia de los geógrafos antiguos llegaron los navegantes de la Edad media a conocer con admirable exactitud la orientación de la Península. Faltará todavía precisar algunos detalles y designar la posición astronómica que a aquella corresponde; pero esto ni podía precisarse en aquel siglo, ni, como veremos, se precisará tampoco hasta los últimos años del siglo XVIII.

Observa el señor Blázquez, que la carta de que tratamos no está bien denominada con el nombre de *Mogrebina* que se le da; llámala él *arábigo-española;* dice que es anterior a la llamada *Pisana*, y añade (pág. 46), que debió ser copiada de otra española, «puesto que los árabes no podían adquirir noticias directas de los mares occidentales de Europa que aparecen bien dibujados en ella... ni pudieron tampoco adquirirlas de los italianos, puesto que éstos, en la época de la carta mogrebina, no habían navegado por el Atlántico». Concluye exponiendo su opinión de que quizá fué dibujada en Mallorca, de donde eran los mercaderes que en estos tiempos iban a Flandes.

Nada tengo que objetar a las afirmaciones del Sr. Blázquez, sino añadir en su apoyo que la configuración que en dicha carta se atribuye a la Península no conviene con ninguna de las que a ésta suponen los tratados de Geografía árabe que actualmente conocemos. Y, por lo tanto, si los árabes hubieran tenido participación en el dibujo de dicha carta, habríamos de admitir en la geografía árabe del siglo XIII dos tendencias divorciadas una de otra; la tendencia erudita y la tendencia vulgar o de los marinos y viajeros. Pero esta doble dirección que se nos ofrece patente en la geografía de los pueblos cristianos, no creemos que existiera en dicho siglo entre los árabes, porque la geografía descriptiva fué durante esta época entre ellos enteramente popular.

Desde esta época tenemos ya un mapa de la Península ibérica, cual no lo habíamos tenido nunca; y las cartas que en adelante se van dibujando, patentizan el progreso que la geografía náutica verificaba con independencia de la erudita. Pueden verse en el citado estudio del señor Blázquez la carta italiana del año 1318; otra española de la mitad del siglo XIV, en la que no sólo aparecen repletas de nombres de ciudades todas las costas de la Península, sino indicados en su interior los nombres de las siguientes regiones: Navarra, que coloca al norte de los Pirineos; Cataluña, al sur, y después, más al sur, Aragón; luego, Valencia y Landalucía; después, Portugal, y, al norte de éste, Biscaya. Nótase la falta de Galicia, y la extraña colocación que supone a Aragón y a Navarra, lo cual denota que los marinos sólo conocían bien las costas, ignorando aún la exacta situación respectiva de las provincias del interior.

Superior a dicho mapa, por lo que respecta al interior de la Península, es el de Barlolomé de Pareto, del año 1456, en el que ya aparece dibujado el curso de los ríos Segura, Guadiana y Guadalquivir, con algunas ciudades del interior, como Sevilla, Granada y Lisboa. Vizcaya y Navarra se colocan en su debido lugar, lo mismo que Galicia, que omitía el mapa del siglo XIV. Pueden verse este mapa y otros en la citada obra del Sr. Blázquez.

Mientras que durante la Edad media, como acabamos de ver, eran muchos los portulanos que se publicaban en las naciones cristianas para conocimiento de las costas del Mediterráneo, apenas si tenemos obra geográfica alguna que nos describa los países o regiones del interior de la Península. Quizá las haya y nuestras pesquisas para encontrarlas hayan sido infructuosas; pues no podemos dar noticia más que de un libro escrito por un franciscano español a mediados

del siglo XIV, en el que se describen muy sucintamente los varios reinos que a la sazón existían en España. Consérvase dicha obra en nuestra Biblioteca nacional, sección de manuscritos, con la signatura H. 273, y se titula «Libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos, que son por el mundo». La publicó por primera vez don Marcos Jiménez de la Espada (1), quien dice de ella que es documento inestimable para la Historia de la Geografía: se la tomó por guía para explorar las costas de África a principios del siglo XV, y su mérito no fué reconocido hasta que Morel Fatio publicó un artículo a propósito de haber dado cuenta de su hallazgo el Sr. Marcos Jiménez.

Se ignora el nombre del autor y su vida. Se sabe que nació en España por los años de 1305 y se sospecha que compuso su viaje o lo que la obra sea, en Sevilla, antes de 1350; pues en Sevilla empieza y acaba el itinerario, y de los sucesos que en él se mencionan, el más reciente no pasa del año 1345.

Empieza diciendo que reinando en Castilla D. Fernando, hijo de don Sancho... en la era de Cristo de 1304.., tenía el dicho reinado 28 ciudades con muchas otras villas, castillos y lugares. De las 28 ciudades, eran arzobispados Sevilla, Toledo y Compostela; y las demás, obispados (2). Menciona después los cuatro montes altos que dice tiene este reino: «los de Biscaya, que son ribera del mar oçidental et que se tienen con las sierras de las Asturias. Al otro monte dicen la sierra de Segovia... al otro, la sierra morena... y al cuarto, la sierra de Segura, donde nacen dos ríos muy grandes». Describe a continuación el Guadalquivir y el Segura, y dice que halló en este reino seis ríos grandes: Guadalquivir, Tajo, Duero, Guadiana, Ebro, olvidándose aquí del Segura, que debe ser el sexto. Describe el curso del Ebro y dice luego:

«E sabet que en este Reinado de Castilla et León tiene toda la marisma del poniente fasta Bayona la mayor, et parte con Nauarra et Aragón et Granada». Debemos observar que se olvida aquí de mencionar el Reino de Portugal como lindante con Castilla y León; falta que subsana a continuación, diciendo que salió del Reino de Castilla y fué al de Portugal, en el que halló cuatro ciudades grandes: Lisbo-

(1) Boletín de la Sociedad Geográfica, año 1877.

(2) O sea; Aljeciras, Córdoba, Jaén, Murcia, Badajoz, Coria, Ciudad Rodrigo, Zamora, Salamanca, Plasencia, Avila, Segovia, Palencia, Cuenca, Osma, Astorga, Burgos, León, Oviedo, Orense, Tuy, Lugo, Mondoñedo, Calahorra y Sigüenza.

na, Portogallo, Santarén y Bragaa; corren por él, añade, tres ríos grandes: el Tajo, el Guadiana y el Duero... «et este reinado parte con el mar de poniente et con el reinado de Castilla et León».

Salió nuestro viajero real o fingido de Portugal, y se fué «por la marisma del mar occidental a la provincia de *Gallicia*, al puerto de Bayona de minor (1) et desi a Portevedra, et dende fuy a Santander et a Castro de Urdiales et a Bilbao et a San Sebastián que es toda esta marisma del Rey de Castilla et dende fuy a Bayona la mayor que es en Gascuña.....»

«Partí de Bayona et entré por Navarra, un reinado muy viçioso en que hay tres cibdades (2), conviene a saber: Pamplona et Tudela et Estela, et corren por él tres ríos grandes que son el Ebro, el Flumen Sinca y el Sigre.....»

Menciona a continuación los Pirineos, montes de los que dice que nacen cuatro ríos: *el Sinca, el Sigre, el Giron y el Ebro.....* y continúa después su viaje por Francia y demás países hasta Noruega, Inglaterra e Irlanda, de donde pasó a la isla que llamaban *eterus, artania, çitilant o ibernia*, en la cual dice que había árboles «que la fruta que llevaban *eran aves muy gordas*» (3). En esta maravillosa isla embarcó nuestro viajero, según nos cuenta, en otra nave, y vino a Pontevedra, de donde pasó a Tarifa «que pobló un alárabe que dicen Tarif», y de aquí a Aljeciras y a la peña de Jibraltar, que son, nos dice, lugares del reino de Castilla.

De Jibraltar pasó a Málaga, *cibdat muy viciosa et abandonada del reino de Granada*, en el que menciona sólo tres ciudades, Granada la mayor, Málaga y Almería. Este reinado, añade, «parte con el mar medioterreno et con el Reino de Castilla et hay en él un monte muy alto que llaman las Sierras de Granada et traviesa todo el reino fasta la villa de Lorca que es del reino de Castilla.

Del reino de Granada pasa al de Aragón, reinado muy vicioso con cinco ciudades: Çaragoza la capital, Valencia, Tarragona, Tortosa y Barcelona: corren por él, el Ebro y el Sinca, y parte límites, dice, «con Navarra et con Castilla et con Francia et con los montes Pirineos».

De Barcelona se fué al Condado de Ampurias, pasando de allí a la ciudad de Narbona, desde donde continúa recorriendo las naciones de la costa del Mediterráneo.....

(1) R. y N. Bayona de miño.
(2) R. y N. una ciudad y dos villas grandes.
(3) Recuérdese lo que dice el Cazviní hablando de la isla de Jejen.

**Viajes de extranjeros por España, en el siglo XV.**—Durante la Edad Media viajaban los extranjeros por España más de lo que a primera vista parece; y venían a la Península, entre otros motivos, por hacer la peregrinación a Santiago y por tomar parte en la guerra que sosteníamos con los moros. D. Juan Facundo Riaño (1) da cuenta de seis viajes, realizados por Lannoy, Lalain, Ehingen, un alemán anónimo, Rozmital y Machado. Y D. Cesáreo Fernández Duro nos entera de otro, verificado por Eustaquio de la Fosse (2).

En las relaciones de los tres primeros viajeros, apenas se encuentran noticias geográficas de la Península (3). En la del viajero alemán, se dice que éste penetró en España por el lado de Cataluña, donde visitó a Barcelona y a Monserrat y continuó su ruta por la costa hasta Tortosa, donde le recibió amigablemente el rey de Aragón. De este reino dice que estaba plagado de judíos y moros. Desde Tortosa se dirigió a Navarra y de aquí a Castilla, donde se presentó al obispo do Burgos, que lo era a la sazón D. Alonso de Cartagena, a quien había conocido y tratado en el concilio de Basilea, y que le recibió con muchas muestras de cariño, dándole banquetes al estilo de su país y mandándole uno de sus gentiles hombres para que lo acompañase por Castilla, y un cocinero que el obispo había traído de Ale-

(1) V. Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid, t. 3.° págs. 289 y sigs. Conferencia pronunciada el 1.° de Mayo de 1877 por D. Juan Facundo Riaño.

(2) V. Boletín de la Academia de la Historia, t. 32.

(3) Lannoy vino a España en 1405, año en que asistió a un torneo que se celebró en Valencia, presidido por D. Martín de Aragón. Acompañó a D. Fernando de Antequera en la guerra contra los moros de Granada; hizo la peregrinación a Santiago y regresó a Flandes, de donde volvió en 1410 y estuvo con D. Fernando en la conquista de Antequera.

Messire Jacques de Lalain vino a mediados del siglo XV, con el objeto exclusivo de combatir a caballo y a pie con el paladín que aceptase su desafío. En Castilla encontró a D. Juan II alanceando toros en las inmediaciones de Valladolid. Admitió su desafío D. Diego de Guzmán y se celebró el torneo con grandísimo aparato y con asistencia de la corte. No es fácil saber cuál de los dos contendientes resultó vencedor; pues aunque en la relación del viaje se dice que lo fué el flamenco, es lo cierto, que el español se había propuesto en el combate de a pie elevar en alto a su adversario y despedirle de sí con todas sus fuerzas a respetable distancia; y al dirigirse hacia él, con los brazos abiertos, se interpusieron los jueces, separándolos y quedando ambos como buenos.

Jorge Elingen, de Hungría o de Suabia, estuvo en la Península por los años de 1454 a 1457; entró por Navarra, de donde, por Burgos, pasó a Santiago, y de allí a Lisboa.

mania. Pasó el viajero de Burgos a Medina del Campo y de aquí a Compostela y al Santuario de Finisterre.

Rozmital vino a España en 1465, acompañado de numeroso séquito y de dos secretarios que escribieron las relaciones del viaje. Entró por Bayona y San Juan de Luz, deteniéndose en las Vascongadas y en los principales pueblos de Castilla, como Burgos, Segovia, Salamanca, Toledo y otros. Hecha la visita al rey y a la reina, partió la comitiva a Santiago de Galicia, y de aquí, por Portugal y Extremadura, al reino de Granada, de donde volvió a Castilla para salir de la Península por Aragón y Cataluña.

Las descripciones de ciudades o lugares de importancia, son por extremo curiosas, dice el Sr. Riaño; y no lo son menos las indicaciones que da sobre el gobierno y estado general del país.

Hablando de las provincias Vascongadas dice: «Los clérigos en el campo tienen mujeres y han aprendido mal de ellas». «Hay en esta tierra, escribe más adelante, costosos sepulcros de piedra, donde tienen grandes festejos, los cuales adornan las mujeres con ramas y flores y queman luces delante. Y los sepulcros están fuera de las iglesias; allí se arrodillan y se sientan, digan misa o no; y van poco a la iglesia».

Del conde de Haro dice: «En su tierra y en su corte hay cristianos, infieles y judíos. A todos deja en su manera de pensar. Al conde se le llama cristiano; pero no sabe uno cuál sea su creencia».

De Castilla dice: «El rey tiene muchos moros en su corte, y ha echado a muchos cristianos y dado su tierra a los moros. Come, bebe, se viste y reza a la morisca, y es enemigo de los cristianos, haciendo cosas feas y poco cristianas. Recibió a mi señor al tercer día. Él y la reina estaban juntos, sentados en el suelo.....

Un día quisieron entrar los moros por fuerza en el cuarto de mi señor y los arrojamos fuera. Se armó gran alboroto; más de cuatrocientos vinieron a la posada, y nosotros preparamos nuestros arcos y defendimos la casa. Ellos hirieron a nuestros compañeros, y nosotros a ellos. Corren cuando quieren a la presencia del rey y tiene que sufrirlos. Tienen poder sobre el rey, y el rey no lo tiene sobre ellos».

De la ciudad de Salamanca hace los mayores elogios, así por el mérito de su Universidad y las buenas prendas de su obispo, como por considerar a la gente «los más cristianos de toda España». En cambio, de Olmedo dice: «De esta ciudad no puedo decir otra cosa sino que sus habitantes son peores que los mismos paganos; porque

cuando se eleva el cuerpo del Señor en la Misa, ninguno se arrodilla, sino que permanecen de pie, como animales brutos. La vida que hacen es tan sodomítica e impura, que siento pena y vergüenza tener que narrar sus maldades. Ciertamente, ellos confiesan que no se encontrará en toda Castilla otra población semejante».

El Sr. Riaño no se atreve a dudar de la veracidad de estas noticias; y se funda para ello en la medida que se decretó en las Cortes de Bribiesca, reinando don Juan I, para que no se diera a nadie posada en las iglesias, que «aquellos a quien son dadas, tienen allí sus bestias, lo cual es muy feo e deshonesto».

Rozmitad se admira además del número increíble de moros que viven en los pueblos de España, desde los Pirineos hasta Andalucía, y descubre algunas de sus influencias en las costumbres de los cristianos. Véase en la citada conferencia del señor Riaño la explicación que da de la influencia que los moros ejercían en el país por la protección que los nobles les dispensaban, y cómo era inevitable que más o menos tarde se decretase su expulsión.

Machado, rey de armas al servicio de Enrique VII de Inglaterra y portugués de nación, vino a España en 1489 acompañando a los embajadores Savage y Nanfan, que tenían el encargo de pedir a la infanta Catalina, para Arturo, príncipe de Gales. En la relación de este viaje no se hacen descripciones de lugares, salvo que se citan las distancias de pueblo a pueblo, comenzando por Laredo, en donde desembarcan y siguiendo hasta Portugal. La importancia de esta relación consiste en la detallada pintura que hace de la Corte de los Reyes Católicos, de los convites y fiestas que se dieron a los señores ingleses en Medina del Campo, y sobre todo del lujo y variedad de trajes que ostentaron don Fernando y doña Isabel con semejante motivo. Sirva de muestra la siguiente descripción que hace del traje de la reina el día de la primera entrevista. «Ceñía la reina dicha un cinturón de cuero blanco, hecho a la manera de los que llevan los hombres; el cual cinturón tenía una escarcela decorada con un balaj del grandor de una pelota, entre cinco ricos diamantes y otras piedras preciosas del tamaño de una haba, y el mismo cinturón rodeado de piedras preciosas y grandes. Tenía en el cuello un rico collar de oro, con rosas blancas y encarnadas, y cada rosa con una gran piedra fina. Además, llevaba dos cintas colgando de cada lado del pecho guarnecidas de buenos diamantes, balajes, rubíes, perlas y otras piedras de gran valor, hasta el número de ciento o más. Sobre este traje, vestía una capa corta, echada a la izquierda, de fino raso carmesí,

forrada de armiños de apariencia hermosa y brillante. Ostentaba la cabeza desnuda, salvo una pequeña cofia de *plaisance* en la parte de atrás, sin ninguna otra cosa. Ciertamente, como creo y como he oído decir, estimo que el traje que llevaba tenía el valor de doscientos mil escudos de oro.»

Eustaquio de la Fosse embarcó en el puerto de la Exclusa y desembarcó en Laredo, de donde pasó a Burgos, y de aquí a Toledo, Córdoba y Sevilla. Habiendo fletado en esta ciudad una carabela, pasó a su bordo desde Sanlúcar al Condado de Niebla en busca de piloto práctico; hizo escalas en Cádiz, en Safi de Berbería y otros puntos, hasta que fué apresado por los portugueses y condenado a muerte por haber infringido la orden del rey de Portugal, que prohibía comerciar en la costa africana; pero logró evadirse y ganó la frontera de España, dirigiéndose en peregrinación a dar gracias a Nuestra Señora de Guadalupe, de donde a pie pasó a Toledo, ciudad en la que encontró a un compatriota, vendedor de libros, en compañía del cual fué a Burgos, a Medina del Campo, a Sevilla, a Santiago de Compostela y por fin a Coruña, donde embarcó.

# CAPITULO II

## La Geografía de la Península Ibérica en el siglo XVI.

Alonso de Meneses.—Antonio de Nebrija.—Jerónimo Muñoz.—Pedro Roiz.—Fernán Pérez de Oliva.—El Brocense.—Don Diego Hurtado de Mendoza.—El maestro Esquivel.—Guevara.—D. Hernando Colón.—Martín Fernández de Enciso.—Ambrosio de Morales. —Pedro de Medina.—Munster y Ortelio.

Hemos visto el nacimiento y desarrollo de la Geografía antigua, griega y romana, de la Península ibérica y también el de la árabe. Durante el estudio que hemos hecho de una y otra, hemos podido observar que ninguna influencia ejerció aquélla en el desarrollo de ésta (1) si exceptuamos el dato de la figura triangular de la Península que tomaron los autores árabes de un escritor de la decadencia romana, y que más valiera no lo hubieran tomado, porque no les sirvió más que para no acertar nunca con la figura de la Península. De modo que es de presumir que si los geógrafos árabes en vez de copiar a esta teoría de la forma triangular del Andalús, se hubieran fijado más en la Geografía del Edrisí, no habrían caído en el monstruoso error que observamos al fijar la vista en el mapa de Abulfeda.

(1) Nos referimos a la Geografía de la Península; pues, en general, ya sabemos que la Geografía árabe nació de la griega y latina. Pero en la descripción del Andalús, los geógrafos árabes no tuvieron para nada en cuenta las descripciones de los buenos autores antiguos, Estrabón, Mela, Plinio y Tolomeo. Respecto de éste, compárece la España que resulta de sus tablas, con la que sale de las tablas de Abulfeda, y se verá que no sólo no lo tomaron por guía para enmendarlo y aumentarlo, sino que, desconociéndolo, nos describieron la Península más deformada que aquél.

Lo mismo podemos decir de la Geografía moderna de la Península. Debe su origen a la geografía antigua que con el renacimiento empezó a estudiarse en España, lo mismo que todos los demás ramos del saber; pero al par que le debe su origen y nacimiento, le debe también el retraso que aquélla le ocasionó en lo que de imperfecto tenía, por la gran autoridad que para nuestros humanistas tenían todos los escritores antiguos. Unicamente cuando los datos de la observación fueron demostrando lo equivocados que estaban los geógrafos antiguos, tanto en la orientación general de la Península como en otros particulares, es cuando podemos decir que nace la moderna Geografía, la cual debe su perfeccionamiento, no a los clasicistas sino más bien a los que, dejando a un lado a los geógrafos antiguos, se fijaron en los datos que las observaciones de los marinos les proporcionaban, y procuraron escribir un tratado de España sin tener para nada en cuenta lo que Estrabón, Plinio y demás geógrafos dijeron de ella. Tanto es así, que, como vamos a ver, entre los dos grupos de escritores geógrafos que podemos distinguir durante el siglo XVI en la Península,—lo mismo que hemos visto en los de los precedentes siglos—el grupo de los más eruditos que juntamente con el estudio de las antigüedades de España nos describen o dan noticias del estado de la misma en su tiempo, no podrá ofrecernos un tratado tan científico y tan racional como el que escribió Fernández Enciso, quien desentendiéndose de los geógrafos antiguos se nos presenta como el único geógrafo descriptivo que tenemos en el siglo XVI, superior a todos los demás, nacionales y extranjeros, que trataron de nuestra Península.

El grupo de los clásicos, o sea de los geógrafos que seguían a los antiguos, comenzó por el estudio de las obras de éstos, explicando y comentando sus textos, y relacionando las noticias que en ellos se dan con las poblaciones y lugares a que correspondían (1). Los que forman el segundo grupo, o sea los que se desentendieron de la antigüedad clásica, se atenían en la descripción de la Península, a las noticias de los navegantes y a las cartas de marear, o procuraban darnos noticias del estado de la misma, en sucintas relaciones de pueblos en los que indicaban el nombre de aquéllos, categoría de la

(1) El Códice de Tolomeo de la Biblioteca particular de S. M. el Rey, y del año 1456, contiene 28 cartas lujosamente iluminadas; dos de ellas son de España, y fijan la correspondencia de los lugares de Tolomeo con los conocidos en el siglo XV. Fernández Duro, Bol. de la R. A. de la Hist. t. XXXV, pág. 504, nota 4.

población—si era ciudad, villa, aldea o lugar—número de vecinos y particularidades más notables con gran concisión (1); o, como ALONSO DE MENESES CORREO, procuraban informar a sus contemporáneos que tuvieran que viajar por la Península, del número de caminos de ésta con las mansiones o poblaciones intermedias entre la estación de salida y la de llegada. Tituló su librito *Repertorio de caminos*, y lo publicó en 1576, para obviar la necesidad que de él tenían los viajeros que con frecuencia se extraviaban por la falta de un guía como el que acababa de componer; describe en él 135 caminos de la Península en los que tal vez se mencionen más de mil poblaciones (2).

A la vez que los anticuarios o clásicos seguían escudriñando y buscando en el suelo de la Península la correspondencia de las antiguas poblaciones con las de su tiempo, valiéndose para ello no sólo de los datos de los geógrafos griegos y romanos, sino de las inscripciones y medallas que por doquier se encontraban, hacían también observaciones directas para sentar sobre sólidas bases la geografía matemática de la Península.

ANTONIO DE NEBRIJA (3) compuso una «*Tabla de la diversidad de horas y partes de hora en las cibdades, villas y lugares de España y otras de Europa que les responden por sus paralelos*».

Sabemos también por Pedro Roíz, clérigo valenciano, que su maestro JERÓNIMO MUÑOZ compuso a mediados del siglo XVI una descripción de España, en la que muchas de sus poblaciones llevaban indicada la latitud. Roíz, en su *Libro de los relojes solares*, impreso en Valencia en 1575, nos ofrece, en una tabla, la latitud de 130 poblaciones de la Península, sacada, según nos dice, de la Descripción de España de su maestro. Dichas latitudes no son las de Tolomeo ni las de Abulfeda; y aunque no son exactas, representan en general un adelanto respecto de las de aquél, pues son más apropiadas a las verdaderas. (4) Semejante a la descripción de Muñoz, sería la que

(1) Véase ms. T. 248 de la Bibliot. nacional, en el que hay un fragmento que el señor Fernández Duro cree del siglo XV (Bol. de la R. Ac. de la Historia, t. XXXV, página 515 nota).

(2) Sería curioso hacer el índice de las poblaciones mencionadas en este itinerario y comparar los Caminos que nos describe con los del itinerario de Antonino, los itinerarios árabes y los actuales caminos.

(3) Menéndez y Pelayo: La Ciencia española, p. 351.

(4) Véanse, si no, las de Valencia, Sevilla, Mérida y Barcelona. Según Tolomeo, están dichas ciudades a los 39° 5'— 37° 50'— 39° 30'— 41° respectivamente; y según Muñoz..... a los 39° 30'— 37° 40'— 38° 42'— 41° 50'. De estas graduaciones, las tres

compuso el Bachiller FERNÁN PÉREZ DE OLIVA, abuelo de Ambrosio de Morales, quien nos dice (1), que aquél experimentó y dejó escrito con gran diligencia y mucha doctrina de Geografía, un libro que intituló «*Imagen del Mundo*», en el que «están graduados los más de los lugares principales que agora hay en España con mucha particularidad y perfección» (2). También FRANCISCO SÁNCHEZ DE LAS BROZAS compuso en este siglo su *Sphaera mundi ex variis auctoribus concinnata* (1579) que tampoco hemos podido encontrar en ninguna de nuestras bibliotecas. Distinguióse también en este orden de conocimientos y en el de las antigüedades, D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA, a cuyas informaciones debió Giacono Gastaldi las mejoras que su carta España, publicada en Venecia en 1544, ofrece respecto de todas las anteriormente publicadas (3).

Pero sobre todos se destaca en este siglo por sus trabajos en la geografía matemática de la Península EL MAESTRO ESQUIVEL, catedrático de matemáticas en la Universidad de Alcalá de Henares y natural del mismo lugar, que se propuso suplir en lo que eran de deficientes para la Península, las tablas de Tolomeo. Era Esquivel, según nos lo retrata Ambrosio de Morales (4) «*hombre de ingenio excelente y singular industria y doctrina increible en todo género de Matemáticas.* Para esto quiso hacer una descripción de España tan entera y tan cumplida, que señalase en ella particularmente todos los lugares, ríos, arroyos y montañas, por pequeños que fuesen, y que tuviesen su situación *tan cierta y tan puntual como tenían por Tolomeo todas las ciudades, ríos y montañas principales.* Para esto fueron menester dos cosas: hallar algún orden y camino y nueva invención como el que Tolomeo había usado para lo que hizo, y hacer después nuevos

primeras son más aproximadas que las del geógrafo alejandrino, a las verdaderas que son: 39° 28'— 37° 24'— 38° 54'— 41° 23': en la última es menor el error de Tolomeo que el de Muñoz.

(1) Morales. Las Antigüedades de las Ciudades de España, que van nombradas en la Crónica etc. t. IX pág. 20. Edición de Madrid, 1792.

(2) No sabemos si se conserva esta obra de Pérez de Oliva. Por lo menos, no existe en la Biblioteca Nacional, donde le pedimos para poder examinarla.

(3) Véase Morales, t. cit. pág. 31 y 32, y Bol. de la R. Ac. de la Historia t. 35 pgs. 502 y sigs., donde el Sr. Fernández Duro publica un curiosísimo informe acerca de la obra de Gabriel Marcel, titulada «Les origines de la Carte d'Espagne». V. también el t. 36 págs. 157 y sigs.

(4) Tomo cit. pág. 11 y siguientes.

instrumentos con que él pudiese obrar conforme a lo que había inventado, y pudiese andar por el camino que había descubierto. Este camino él lo halló con su admirable ingenio, llano y muy cierto, por donde pudo hacer con facilidad todo lo que en esto quiso y poner como puso admiración a todos los que entienden algo de la gran dificultad que en esto se representaba. Luego tras esto inventó los instrumentos y fabricólos de madera y aderezólos muy cumplidamente; y tan grandes hizo los dos más necesarios, que una acémila casi tenía carga entera en ellos. Últimamente de más de lo dicho, era también necesario ver por lo menos todos los lugares que había de situar, ya que no estuviese en ellos. Esto le mandó hiciese el Rey Católico nuestro Señor Don Felipe Segundo deste nombre, y le proveyó de buen salario para que anduviese todos estos sus reinos, mirando por vista de ojos todos los lugares, ríos y montañas grandes y chicos, porque pudiese hacer la descripción de España tan cierta y tan cumplida, tan particular y exquisita, como su Magestad la deseaba y el Maestro Esquivel podía hacerla. Dexó la mayor parte hecha antes que muriese, como su Magestad la tiene en su Cámara, y dexó comunicada su invención y el orden y camino que había descubierto y todo lo que a esto tocaba con D. Diego de Guevara... a quiel él había enseñado desde niño las Matemáticas, y él aprendió mucho de lo que el Maestro Esquivel le enseñó, y conservólo y aprovechólo tanto, que a su Maestro quando murió, no le pareció poder dexar otro mejor heredero de todo lo que sabía, que a este caballero; y así nos lo dixo a sus amigos al tiempo de su muerte, y su Magestad por ésto le mandó entregar a él todos los papeles del Maestro después que murió, para que cuando fuese menester diese a su Magestad cuenta deellos».

El maestro Esquivel no se propuso enmendar a Tolomeo, sino sólo suplir la deficiencia que las Tablas del matemático alejandrino tenían en su descripción de España; pues como dice Morales (1), Tolomeo dejó por situar en sus tablas y por nombrar los lugares pequeños, y esto fué lo que quiso suplir el maestro Esquivel. Y esto, añadimos nosotros, fué quizá la causa de que se malograsen sus trabajos. No por esto se ha de negar al célebre matemático la gloria que todos le conceden de haber sido el primero que en todo el mundo intentó levantar el plano de la geografía matemática de la Península

(1) Tomo cit. pág. 11.

por el procedimiento de la triangulación (1). Pero las palabras que hemos subrayado en el texto de Morales, la íntima amistad que Morales tuvo con Esquivel y la fe ciega que aquél tenía en las graduaciones de Tolomeo, me hacen sospechar si el maestro Esquivel tendría también la misma fe en el matemático alejandrino y tomaría por ciertas, como indudablemente averiguadas, las situaciones de aquél, achacando a defecto de los instrumentos que él usara las diferencias de longitud y latitud que éstos le dieran con respecto a los que había deducido Tolomeo.

Hay varios motivos para sospechar, ya que no afirmar de modo comprobado, lo que acabamos de decir, para lo cual será menester que sigamos el razonamiento de Morales. Dice éste a continuación del texto citado, que Esquivel «*jamás escribió ni pensaba escribir nada de lo mucho que sabía. Que hablaba con muchos de su invención... aunque nunca decía tanto que no guardase para sí lo secreto de todo aquello sin lo cual era imposible que nadie llegase a entenderlo*». Que asentaba los lugares «en la carta o pintura que hacía, por el orden común de las tablas de Tolomeo, quadrando un papel y graduándolo por los lados con su longitud y latitud» haciendo esto con extraños primores. Primores, añade Morales, que gozaba él de ver con otros amigos en el aposento de Esquivel.

Es de suponer que, en los ratos que Morales y demás amigos pasasen en el aposento de Esquivel observando los primores de las cartas que éste dibujaba, se hablaría de geografía y de geógrafos, y alguna vez debió hablarse de Tolomeo y del acierto o desaciertos en que incurrió al fijar la graduación de muchas poblaciones de nuestra Península. Y si el maestro Esquivel, que parece guardaba el secreto de los principios de su arte, cosa harto disculpable, no quería comunicar esto con todos, al menos creemos que dada la íntima amistad que tenía con Morales (2), le debió haber advertido alguna vez de los muchos errores que en la longitud y latitud de los lugares tenían las tablas de Tolomeo (3). Si es que no le advirtió, podemos también

(1) Mor. t. cit. pag. 109. El único trabajo semejante emprendido en esta época (1566.68) fué el de Felipe Apiano que levantó la carta de Baviera, por el mismo procedimiento de la triangulación, de un modo bastante exacto para la época. V. Marcel o al Sr. Fernández Duro en el tomo cit. (el 35) del Bol. de la Academia de la Historia.

(2) V. tomo cit. pág. 103.

(3) A no ser que el maestro Esquivel temiera que no le diesen crédito y le tuviesen por fatuo y presuntuoso si manifestaba públicamente los errores de que adolecían las tablas de Tolomeo. Era tanto el fanatismo que se tenía por los clásicos, que la

pensar que Morales en sus deseos de averiguar la veracidad que mereciesen las tablas de Tolomeo—si es que llegó a dudar en este particular—cotejaría alguna vez en el aposento de Esquivel la graduación que el maestro ponía en las poblaciones que dibujara en sus mapas con las que estas mismas tenían en las tablas del geógrafo alejandrino. Si Morales hizo este cotejo y las graduaciones de Esquivel no eran las mismas que las de Tolomeo, debió dudar del acierto de uno u otro de los dos: pero estas dudas no aparecen en ninguna parte de su obra. El tiene por perfectos en su género los trabajos del maestro Esquivel; él presta fe ciega a las graduaciones de Tolomeo; él pudo comunicar y casi es seguro que comunicó con el maestro sobre este particular, y él no duda de uno ni de otro. Luego es de presumir que Esquivel aceptara las graduaciones del matemático alejandrino; que sólo se propusiera suplirle en la posición de los lugares que aquél no mencionó, y que los datos nuevos que hallase, si no convenían con los aceptados de Tolomeo, producirían un desconcierto en el conjunto de la obra, suficiente a malograr la publicación de la misma a pesar del interés que en ello tenía Felipe segundo, que en el mismo día que supo la muerte de Guevara, el sucesor de Esquivel, escribió de su puño al Secretario Gonzalo Pérez para que recobrara los instrumentos, acerca de los que le decía, «*que Herrera sabrá de ellos, porque no se pierdan y se pueda continuar la carta de España que él hacía, en que creo yo podría entender Herrera*». No sabemos si Herrera continuó los trabajos de Esquivel y Guevara, ni tampoco a dónde han ido a parar desde la Biblioteca de Palacio, donde dice Morales que se conservaban, en 1570, los trabajos o cartas terminados ya por Esquivel. ¿Debió considerarlos Herrera defectuosos y debió desecharlos, o qué pasó con ellos...? Lo ignoramos. Finalmente, para terminar con el maestro Esquivel, creo debemos añadir que siendo él, catedrático de la Universidad de Alcalá, debió empezar por determinar la situación astronómica de dicha ciudad y comunicarla, si no a todos sus discípulos, al menos a sus amigos tan íntimos como Morales. Si la determinó y la comunicó, debió hallar la misma graduación que dió Tolomeo a *Cómpluto*, que ya entonces se sabía correspondía a Alcalá: y si esto sucedió con la ciudad en donde tenía su cátedra ¿qué pasaría con las demás? Pongamos si no, el último párrafo en que

reserva del maestro al no querer comunicar *el secreto de su invención*, pudiera obedecer a esta suposición nuestra, lo mismo que el no querer escribir, si con ello había de corregir a Tolomeo.

Morales habla de las cartas de Esquivel, y veremos como para él tenían la misma autoridad el maestro antiguo y el contemporáneo; y que éste, aún con toda la amistad que le dispensaba, no sirvió para advertirle—si es que él lo sabía—el error de más de medio grado en que incurrió Tolomeo al fijar la posición astronómica de la antigua Cómpluto. Dice así: «Todo esto hemos dicho para conservar aquí la memoria de una cosa tan señalada, como ésta ha sido en nuestros tiempos en la perfección de la Geografía en que un español hizo tan solemne adelantamiento. Que fuera desto no hacía mucho a nuestro propósito otra cosa, sino sólo el entender la certidumbre con que Tolomeo situó los lugares principales de España, para que por aquí nos rijamos en señalarlos agora los sitios conforme a los que antiguamente tuvieron, y no podemos errar en decir en tal parte fué puntualmente tal ciudad: *porque Tolomeo la pone allí, y así es imposible que sea en otra parte.* Sea un ejemplo de todo esto... Él pone a Complutum en cuarenta y un grados de latitud y diez de longitud (1), que es darle su propio sitio donde en su tiempo estaba, y atravesar las dos rayas para que crucen en el punto cierto y averiguado del asiento, que en realidad de verdad entonces Complutum tenía. Sabido ya ésto, tomo yo con el Astrolabio o con el cuadrante la longitud y latitud de Alcalá de Henares y hallo que es la misma que Tolomeo puso a Complutum, y luego vengo de allí a concluir manifiestamente que Complutum fué antiguamente esta villa que agora llamamos Alcalá de Henares.» Así discurría este sabio y se equivocaba por no querer contradecir a otro sabio equivocado.

Otras investigaciones geográficas se emprendieron también en nuestra patria, en este siglo, que de haber llegado a cumplido término nos habrían dado la descripción de todas sus poblaciones—ciudades, villas, lugares y aldeas—formando el Diccionario geográfico de España, tal como no lo tenía entonces ninguna nación del mundo. Pero la empresa se malogró lo mismo que la de Esquivel, y no ejerció, como tampoco la de éste, ningún influjo en el desenvolvimiento de nuestra geografía. El hombre que personalmente y con ayuda de algunos colaboradores acometió esta gigantesca empresa, fué *D. Hernando Colón*, hijo del insigne descubridor del Nuevo Mundo, hombre de gran capacidad, de conocimientos enciclopédicos y muy versado en geografía. Su propósito fué recorrer por sí o por sus emisarios,

(1) En la edición Didot de Tolomeo, se halla situada Complutum a los 41° 5' de latitud y 10° 50' de longitud.

uno por uno todos los pueblos de los antiguos reinos de España e ir acumulando materiales para componer en su día el *Vocabulario topográfico de la nación* y el *Plano geográfico de la Península*, obra esta última que no llegó a realizar, porque se proponía trazarla después de terminado el vocabulario.

Obtenida de Carlos V la licencia competente para dirigirse a los alcaldes, justicias y demás autoridades locales del reino, en demanda de los datos que necesitaba para su obra, dió comienzo a su empresa el lunes 3 de Agosto de 1517; pero tuvo que suspenderla en 1523, en virtud de una providencia del Consejo de Valladolid expedida a 13 de Junio de aquel mismo año, en la cual se prohibía que continuaran los trabajos para «*hacer cierta descripción e cosmographia de toda España, porque al servicio real cumplia no entender ahora en lo susodicho*». Esta prohibición retardó, según el Sr. Fernández Duro, cincuenta años los trabajos descriptivos que luego se emprendieron de nuevo con el mismo plan con que se hacían las *relaciones de Indias;* pero no produjeron resultado más que para las provincias del centro de la Península, aunque por partes se siguieran en los años de 1574 ó 1581. Las relaciones obtenidas no se publicaron; corrieron la misma suerte que cupo después a los trabajos de Esquivel; así que, ignoradas de la generalidad, no pudieron ejercer ninguna influencia en el adelanto de la geografía de la Península.

El único que, se dice, las aprovechó en cierto modo, fué Ambrosio de Morales en sus *Antigüedades de las ciudades de España.*

El plan que había ideado este insigne geógrafo para redactar de su puño y letra el *Vocabulario topográfico de España*, una vez reunidas las relaciones de todos los pueblos, nos lo indica él mismo en las instrucciones que escribió para que sirvieran de preliminar al Itinerario, y que actualmente existen al folio veinte del mismo, donde equivocadamente las colocó el encuadernador del códice. Dichas instrucciones, dicen así:

«Todos los nombres propios se han de sacar en un papel, poniendo los que comiençen en *a* en un pliego y los que comiençan asimesmo en otra letra en otro, el qual no se ha de escrevir salvo por la una haz, y después todos los nombres que comiençan por una letra se cortarán y se dividirán o pornán por orden alfabético como un vocabulario hasta la quinta letra y aún más adelante, y luego se escrevirán en un libro por manera que de un vocablo a otro haya dos dedos de blanco, para que como se oviere escrito más quadernos desta escritura en que avrá nombres nuevos se podrá poner en aquel blanco que

quedó en el lugar que la orden alfabética lo requiere; después que desta manera aya escrito tantos lugares y nombres propios que no se crea aver más en España, por aquella orden en un libro se trasladará, no poniendo en cada hoja más de un nombre; y de que asy estén trasladados, entonces todo lo que está en estos quadernos se escrevirá en aquel libro, ponyendo lo que toca a Ávila en Ávila y lo que toca a cualquier otro lugar en su nombre propio y no todo a rreo; más a una parte de la hoja lo que dize del casco del lugar, y en otra parte el cuyo es, y en otra los lugares que tiene, y en otra lo que hay hasta cada lugar: y cada cosa desto, con número de alguarismo se a de notar ally, sy está dicho una vez o dos o más en estos quadernos; porque quantas más veces estuviere dicho, tanto más cierto será, y será tenido por más verdadero de lo que pocas vezes estoviere dicho, es a saber: sy de Ávila a Segovia dycen diez partes destos quadernos que ay once leguas y en dos partes dize que ay diez, antes creeremos que ay onze, pues que diez lo dixeron y aquello porná por cierto, y asy en todo lo demás; y nota que podría ser que después de dividido el libro en que esto se escrive por los nombres de los lugares, se ofrecerían otros lugares nuevos y no avría hojas en que lo esponer, y por tanto al fin de la hoja delante de la qual el tal lugar avríase de poner, pornás, el nombre del tal lugar con un número que te señale en el fin del libro a donde lo pornás, porque al fin han de quedar algunas hojas blancas para los tales lugares que asy se ofrecieren».

«Y nota que, puesto el primer abecedario do quedan los dos dedos de blanco entre nombre y nombre, puede el ombre a quantos topare preguntar por nombres de lugares y los que allí no estuviesen ponellos».

«Item lo que ay de un lugar a otro y los lugares que ay en medio y la calidad de la tierra que es, no a de poner sino en el lugar que precediese en la orden del alfalbeto, es a saber, cuando quisiéremos saber lo que ay de Sevilla a Granada, buscarse a y ponerse en Granada, porque está primero en orden del abc».

«Para el hazer las tablas serán quadradas y divisas por grados de longitud y latitud, y cada grado en millas, cuyas líneas cruzarán toda la tabla como en un tablero de ajedrez, porque fácilmente del original do se pintare al principio, se pueda sacar en los otros» (1).

(1) De la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Julio-Agosto de 1906, donde D. Simón de la Rosa y López, inserta un notabilísimo artículo que continúa en el número siguiente, acerca de los códices de la Colombina en que se conservan los restos del Itinerario de D. Hernando y su Vocabulario topográfico.

Tal era el plan que concibió D. Hernando para preparar la redacción de su vocabulario y carta de España. El Itinerario comprendería cerca o más de diez mil relaciones; pues la más alta que se conoce es la que hacía 9.967, correspondiente a una población denominada Miñaya (1). Actualmente poseemos 4.042 en el códice de la Colombina, más 400 cabales en el códice núm°. 7855 de la Biblioteca nacional, compuesto de dos fragmentos del Itinerario que con otros más, que no se sabe donde paran (2), faltan en el códice de la Colombina.

La redacción del Vocabulario quedó en suspenso apenas empezada la obra. Tal como hoy lo tenemos en el códice de la Colombina, comprende solamente los pueblos cuyos nombres comienzan por las letras desde la D a la N, ambas inclusive, que suman un total de 285 (3). En él se cumplen exactamente las instrucciones dadas en el Itinerario. «A la cabeza de las hojas está escrito el nombre de un pueblo o de un río, y a la derecha los números de las relaciones de este último libro, de donde han sido tomadas las indicaciones. Siguen éstas debajo, dentro de dos columnas. En la de la izquierda constan ordenadamente el número de habitantes, la jurisdicción de que dependen, las fortalezas y murallas de la localidad, los accidentes del terreno, etc., etc.; y en la de la derecha se anotan las distancias. Véase una de estas descripciones:

«Hita, villa. 4. 9. CCXI. 1231, 3666, 4858, 5107=(columna izquierda:) Tiene D. v.ª | 250 v.ª | 200 v.ª | 463=Es del duque del infantazgo=Tiene buena fortaleza | en alto | muy fuerte | con una peña redonda=Fortaleza tiene buena=Esta en alto | en cuesta | en ladera de un cerro muy redondo y alto | en solana=La cerca ciñe el castillo con la villa | la cerca abarca casi hasta el pie del cerro | deste lugar se devisa mucha tierra | aunque es muy aspera de valle y cerro | dentro de la fortaleza se syembra más de .20. hanegas de pan. (columna derecha y al dorso), Xedraque ay tres leguas | dobladas | ay .2. leguas | vase por mira del rrio | =torre de sopetran .3. leguas | grandes | de valle abajo | ..... junto con la torre se pasa vadiel | corre a la di. | trixueque .1. legua | doblada | la mitad cuestaba..... | tortola

(1) Revista cit. Sep. Oct. pág. 270.

(2) El primero de dichos fragmentos de 36 hojas contiene 241 relaciones topográficas, desde la 1.007 a la 1.247, y el segundo 27 con 159 relaciones, desde el número 6.477 al 6.635. Véase el citado artículo del Sr. de la Rosa, en el que hace un curiosísimo análisis del Códice de la Colombina, en virtud del cual puede comprobarse, donde quiera que se encuentren, restos del citado Itinerario.

(3) Pueden verse en el núm. cit. de la Revista, al final del artículo.

.2. leguas y media | de cerro y valle | y campiña | =padilla una legua | valle arriba | y campiña | y viña | grandes | junto con bi. se baxa una cuesta de 3 tiros de vallesta | de valle y llano=guadalaxara .4. leguas | vase por tortola | a la dizquierda queda la torre de sopetran a un tiro de vallesta=Torrijo .i. legua | vase por Rebollosa | .2. leguas..... etc.»

Vienen a continuación las distancias a Rebollosa, Xedraque, Cogolludo, Espinosa, Monhernando, Uzeda, Humanes, Briviega, Fuentes, Algerilla, Muduex, Turaguado, Cañizar, Valdearenas, Utunde, Gaxanejos, Ciruelas, Torrientos, Alharilla, Zerezo, Copernal y Valdeancheta» (1).

**Martín Fernández de Enciso, y su Descripción de la Península.**—II.—Hemos dicho que la Geografía moderna tuvo su origen en la antigua de los griegos y latinos; y también que ésta después de haber contribuído al nacimiento de aquélla impidió su desarrollo y pronto florecimiento. Los eruditos del renacimiento, admirados del portento de saber que descubrían en los tesoros de la antigüedad clásica, no se atrevieron en un principio a poner en duda ninguna de las doctrinas de los sabios maestros antiguos; y en todos los órdenes de la ciencia, una fanática admiración por las obras clásicas fué lo que distinguió el primer período del renacimiento. Lo mismo sucedió en la Geografía: hemos visto ya lo que Ambrosio de Morales opinaba de las graduaciones de Tolomeo: su maestro, Florian de Ocampo, había seguido ciegamente a Estrabón en la orientación general de la Península, colocando los Pirineos al E., y la costa del Mediterráneo y parte de la del Atlántico, hasta el cabo de San Vicente, al S. (2). Esta doctrina no era la de la época; pues se conocía de un modo bastante exacto la posición de la Península, como vamos a ver en el tratado que de ella nos dejó un geógrafo que se desentendió de toda la doctrina clásica y se atuvo para su descripción de España a los datos que se proporcionó de otras fuentes. En esta descripción veremos que sin la Geografía antigua se desarrolló la moderna de la Península independientemente de aquélla, llegando a producir a principios del siglo XVI un

(1) Número cit. de la Revista p. 266. Como se ve por el ejemplo citado «están puestas a continuación unas de otras y divididas por perpendiculares, las diversas indicaciones acerca de un mismo extremo, sacadas de las relaciones del Itinerario, cuyos números se citan colocándolos a la derecha del nombre de cada pueblo. Por eso en el Vocabulario se atribuyen a la villa de *Hita* 500, 250, 200 y 463 vecinos, y se se dice que dista de Xedraque tres y dos leguas».

(2) Véase Morales, en su Descripción de España.

tratado magistral de Geografía natural o física basado en los accidentes o particularidades del suelo, único principio racional, que en parte siguió Estrabón en lo antiguo, y se sigue en los tiempos modernos.

El geógrafo de cuya obra vamos a tratar, es Martín Fernández de Enciso, que en el año 1519 publicó su *Suma de geographía que trata de todas las partidas et provincias del mundo...* (1).

El orden general de la descripción en esta obra es el mismo que siguió P. Mela en la antigüedad; pero así como éste, en lo que respecta a la Península, trató únicamente de las costas, sin entrar en la descripción de los países del interior, nuestro Fernández se remonta desde ellas por las cuencas de los ríos hasta señalarnos las líneas divisorias de las vertientes. El punto de partida es el estrecho de Jibraltar, desde el cual recorre la costa del Océano «*fasta lo último del Setentrión que es Gocia: y en par de cada costa, dice, porné la provincia que cae y lo que en ella ay: et aquesto acabado bolveré al Estrecho de Gibraltar a do comencé et seguiré la otra costa fasta llegar al Gatigara que es lo último de que hay memoria en estos tiempos*».

Menciona de seguida la antigua división de la Península en tres provincias, y dice con sobrada razón que, como en su día aquéllas no tienen ya los nombres que en lo antiguo les dieron, él la divide en seis, comprendiendo en cada una «toda la tierra que está dentro de las vertientes de seis (2) ríos principales que hay en ella, que son: Ebro, en cuyas vertientes entran los reinos de Aragón et Navarra et toda la Cantabria et Iberia (3). El otro es Duero, en cuyas vertientes entra lo que comunmente llaman Castilla; la otra es el río Marín [Miño] que toma a Galizia, y el otro es Tajo, en cuyas vertientes está el reino de Toledo et la mayor parte del de Portugal; el otro es Guadalquivir, en cuyas vertientes está el Andaluzía et Granada; el otro es Guadiana, en cuyas vertientes está Extremadura». Esta es la división general de la Península que establece nuestro autor en la que, como se ve, se pueden encontrar defectos, pues no menciona la importante cuenca del Júcar ni de otros ríos menos importantes que éste

(1) La fecha de 1519 es la que a dicha publicación atribuye el Sr. Menéndez y Pelayo en su obra. La Ciencia Española (pág. 352). La edición que nosotros hemos tenido a la vista es la de 1546, en la que, según dice la portada, se enmendaron «algunos defectos que tenía la impresión pasada».

(2) Cinco dice el texto, pero luego enumera seis.

(3) Iberia, tal vez por el Principado de Cataluña, o parte de él.

y los citados: ni señala tampoco la vertiente del Cantábrico; pero tengamos en cuenta que no se propuso escribir sólo de España, sino de todas las provincias del mundo, y se comprenderá que por ello no tuviese en cuenta más que los ríos principales y las vertientes de éstos. No seguiremos exponiendo, como fuera nuestro deseo, todo el texto de nuestro geógrafo, que creo merecedor de que se publicara por el adelanto que para la época representa el plan que desarrolla y los fundamentos sobre que asienta la ciencia de la Geografía: daremos sólo una idea de la España que nos describe.

Antes debemos advertir que en la edición del texto parece se han deslizado algunas erratas. Ya hemos notado la del número de los ríos, que dice son cinco y a continuación menciona seis; también hemos de observar que la situación que atribuye a los Pirineos al N. E. de España, no ha de tomarse en el sentido recto de estas palabras, o sea en la dirección que vienen a tener según el mapa de Tolomeo, que es lo que parece desprenderse a la simple lectura del texto de nuestro autor; pues si nos fijamos en la latitud geográfica que señala después a los límites extremos de aquellos montes, veremos que la inclinación que desde su extremo occidental tienen hacia el S. siguiendo la dirección al E., no es más que de medio grado. Coloca a Fuenterrabía, San Sebastián y el *Pasaje*, a los 44° de latitud; y al cabo de Creus, a los 43° 1|2. Dice en otra parte, que en Fuenterrabía se acaba España, y que entre ella y Bayona comienzan los montes Pirineos, que van hasta Monjuy, (1) entre Narbona y Barcelona, y al final de su descripción coloca al cabo de Creus a los 43° 1|2. y a Narbona, en los 44°. Entre ambas dice que está Colibre do se acaba España y comienza Francia; y allí mismo el *monte de Jovis* que es el mismo a que ha dado antes el nombre vulgar de Monjuy. Resulta, pues, que según nuestro autor, los Pirineos se extienden de O. a E. con una inclinación hacia el S. tan ligera, que, en el espacio de 75 leguas que les da de extensión, sólo llegan a inclinarse medio grado.

Siendo esto así, no debe entenderse que dichos montes estén al N. E. de España, sino al N., con una pequeña inclinación hacia el S. en el sentido de O. a E.

Puestos los lindes a la Península, fija su posición astronómica entre los 36° y 44° de latitud norte; pues aunque el texto dice 43° debe entenderse 44° que es la posición que atribuye, como ya hemos dicho

(1) No el Montjuí de Barcelona, como se ve a continuación.

a Fuenterrabía, San Sebastián y Pasajes; señala su día mayor en la costa del Mediterráneo y en la del Cantábrico, equivocándose en esto lo mismo que en la mayor parte de las latitudes que señala, cosa disculpable, pues las observaciones de la época e instrumentos de que se servían, no permitían mayor precisión. No señala longitudes ni habla de ellas en toda la obra, señal de que tendría por erradas las de Tolomeo.

La latitud de Tarifa, que pone a los 36° grados, puede decirse que es acertada; pues D. Francisco Coello, en su Reseña geográfica de España, coloca la parte más meridional de la isleta de Tarifa, a los 35° 59' 49".

En las demás latitudes que indica—Cádiz, Sanlúcar, Cabo de San Vicente, C. Espichel, Oporto, Bayona, Finisterre, Fuenterrabía, San Sebastián y el Pasaje, Jibraltar, Málaga, Gata, Cabo de Palos, Denia, Cabo de Aguas y Cabo de Creus—no podemos señalar una causa uniforme de error; pues mientras unas lo tienen por exceso, otras lo tienen por defecto. Así, el cabo Finisterre lo pone en 43°, a más de su verdadera latitud, pues cae bajo de dicha línea, y lo mismo el cabo de Gata que coloca en los 37°. En cambio, pone el cabo de San Vicente a la misma latitud que el de Gata, a 37° grados, siendo así que cae por encima del paralelo correspondiente a esta latitud. Pero en general se puede decir que las latitudes pecan por exceso así que van alejándose hacia el N. las poblaciones, hasta colocar las ciudades de la costa del Cantábrico más de medio grado más al norte de su verdadera situación.

Creo que para la descripción de la Península debió tener a la vista nuestro geógrafo alguna carta de marear de la época, y también apuntaciones de algún diario marino, en donde se anotaría la procedencia de los productos que para su embarque llevaban desde las regiones del interior a los puertos que caían en la vertiente o cuenca hidrográfica en que aquél se encontraba, con otras noticias útiles ya respecto a la fertilidad de la tierra, sus producciones, carácter de sus habitantes y otras particularidades que nos ofrece en su obra. La descripción parece hecha por un viajero que sale de Tarifa y se dirige por la costa hacia el norte [N. O. debió decir], llegando, a las 13 leguas de recorrido, a la bahía de Cádiz, donde observa que el puerto de esta ciudad tiene su entrada por el lado de poniente, y es *una de las mayores escalas;* en la misma bahía ve el puerto de Santa María, donde desemboca el Guadalete; y después de haber observado que en el trayecto de Sevilla a Cádiz están los campos que llaman de

Tarifa, donde se crían los mejores y mayores ganados vacunos que hay en España, avanza cinco leguas más y llega a San Lúcar, donde desemboca el río Guadalquivir, nombre que da a todas las aguas que por Sevilla pasan al mar; y así nos dice que nace en las Sierras de Segura y en las de Granada [el Genil] y se junta entre Córdoba y Sevilla junto a Palma. Describe las ciudades más importantes de las vertientes de este río, y nos dice al hablar de Granada que por ella pasa el Guadaxenil a quien antes no ha dado nombre.

Descrita la cuenca del Guadalquivir continúa su viaje por la costa en dirección N. O. hasta la bahía de Lepe, distante 13 leguas de San Lúcar, en la que entra el Guadiana, por el que se remonta y describe, lo mismo que antes ha hecho, las regiones que caen en su vertiente sin olvidarse de mencionar cuantos datos son de importancia y utilidad. Lo que no menciona en este trayecto son los ríos Tinto y Odiel, ni los puertos de Huelva y Moguer, que omitían también algunas cartas de la época (1).

Desde la bahía de Lepe, *donde dice que comienza el reino de Portugal*, sigue la costa en dirección oeste hasta el cabo de San Vicente, donde tuerce hacia el norte hasta el Cabo Espichel que tiene a la parte del S., a Setúbal, y a la del norte, a Lisboa, donde desemboca el Tajo, que dice nace en la sierra de Cuenca y de Molina y viene por el reino de Toledo y por el campo de *Arañuelo* (2) hasta Portugal. Coloca equivocadamente a Cuenca en las riberas de este río, aunque la noticia puede pasar si por tal nombre entendemos la parte occidental de esta provincia, y describe sus producciones e industria lo mismo que las de las ciudades más importantes de las vertientes de este río hasta Lisboa, al llegar a la cual continúa su marcha pasando desde el cabo de Espichel, al cabo que llama de *Sanchete*, nombre que no hemos visto en ningún geógrafo y que debe corresponder o al cabo de la Roca—aunque no vienen bien las distancias a que lo pone del de Espichel (13 leguas) y de las islas Berlingas (12 leguas)—o mejor al Carvoeiro, según se deduce de la latitud de 39° grados a que lo coloca, y de la distancia de 45 leguas a que lo pone de Oporto, donde dice está el fin del reino de Portugal. En Oporto desemboca el Duero que *nace en unas sierras que llaman Orbión*, en las que pone muy bien la divisoria de las vertientes del Ebro y del Duero, al

(1) La de Giacono Gastaldi, publicada en Venecia en 1544, y las de Ortelio y Munster de fecha, también muy posterior.

(2) Así llama a la región en que están Plasencia y Alcántara.

decir que las aguas que caen al oriente y septentrión de aquellas sierras van al Ebro, y las otras van a Duero y Tajo. Aquí parece que se equivoca nuestro autor al mencionar el río Tajo; pero la equivocación desaparece si se tiene en cuenta que él prolonga las dichas sierras desde Galicia, donde dice que comienzan, *viniendo por Asturias, donde se dividen, yendo unos ramales por Vizcaya a los montes Pirineos y descendiendo los otros por este Orbión hasta Moncayo, que es el principio de Aragón*, de donde vuelve por Cuenca hasta llegar a Granada. Aquí tenemos trazadas las tres vertientes de la Península a los mares Cantábrico, Mediterráneo y Océano, cosa que no hemos visto ni veremos en ningún geógrafo del siglo XVI. Bien es verdad que el nuestro no habla expresamente de la vertiente del Cantábrico, pero la indica, como acabamos de ver, y la describe, también como veremos después. Dentro de la vertiente del Océano pone, como hemos visto, las de los ríos Guadalquivir, que comprende el Andaluzía; la del Guadiana que dice nace en las sierras de Consuegra y Segura, y atraviesa la provincia de Extremadura; la del Tajo, que viene por el reino de Toledo y pasa por el campo de Aranjuelo antes de entrar en Portugal; la del Duero, que recoge las aguas de Soria, Aranda y Simancas, donde recibe las de los ríos Arlanza y Arlanzón, que viene de Campos y Burgos; pasa después por Zamora y entra en Portugal, desembocando en Oporto. La tierra de las vertientes de este río, dice, se llama Castilla; «es tierra muy fértil, de mucho pan e vino y carne y caças, pero no hay aceite en ella; la gente es buena y bien dispuesta, belicosa, de buena color y de buena conversación, inclinados a verdad y fidelidad» (1).

Pasa de Oporto a Bayona, donde desemboca el río Marino, que pasa por Puerto Marín y recoge la mayor parte de las aguas de Galicia. Describe los accidentes de la costa gallega y la provincia de Galicia con sus principales poblaciones y recursos. Llama al cabo de Finisterre con este nombre y con el de Mongia. Dobla por la Coruña hacia el E. y sigue describiendo los principales puertos y la región vertiente del Cantábrico hasta llegar a Fuenterrabía, donde dice se acaba España; pues entre aquella población y la de Narbona empiezan los montes Pirineos que en una longitud de 75 leguas la dividen de Francia.

El mismo procedimiento sigue en la descripción de la vertiente del

(1) Lo mismo describe las propiedades de la gente de las demás regiones, con los rasgos típicos y característicos de cada una.

mar Mediterráneo, en la cual, como ya hemos dicho, omite la mención del Júcar y su cuenca y la de los demás ríos que por ella llevan su caudal, excepto el Ebro. Menciona en ella la Serranía de Ronda, que comienza en Jibraltar y llega hasta Granada, reino en que se halla el puerto de Málaga, que dice es el mejor de dicho reino, como también es bueno el de Almería. La costa que desde Jibraltar venía en dirección oriental hasta el cabo de Gata, tuerce desde aquí siguiendo rumbo al N. E. hasta el cabo de Palos junto al que está el puerto de Cartagena que es el mejor de España. Describe el reino de Murcia como antes ha descrito el de Granada, diciendo de él que «*es tierra a do riegan los panes*», circunstancia que sólo menciona de Murcia y de Zaragoza sin decir tal cosa del reino de Valencia, que describe después y en donde sabemos que también se regaban las cosechas en aquella época. Indica bien la dirección del resto de la costa hasta los Pirineos: menciona las principales ciudades de las vertientes del Ebro que dice recoje las aguas del reino de Navarra y la mayor parte de las de Aragón y Cataluña: no se olvida de indicar que en la parte septentrional de estas tierras están las provincias de Guipúzcoa [que llama Lipúzcoa (1), lo mismo que otras obras de la época] y Vizcaya; y después de detenerse en Barcelona, capital del reino de Cataluña y ciudad «que tiene los mejores edificios de casas de Europa» llega a Colibre donde termina España por este extremo de los Pirineos, en el cual está el Monte Jovis.

Es de notar que nuestro geógrafo termina en Colibre la descripción de su España, a pesar de advertir a continuación que allí [en Francia] está el condado de *Ruysellón* «a do es Perpignan que es de España». De modo que distinguía la región natural formada por la Península de los dominios sujetos al poder del Gobierno que en ella imperaba.

**Ambrosio de Morales.**—Cincuenta y cinco años después de Fernández Enciso escribía nuestro Ambrosio de Morales en 1574 la descripción general de España que podemos leer en el tomo IX de sus obras (2). Esta descripción representa un adelanto respecto de la de Florián de Ocampo, quien, como hemos dicho, siguió a Estrabón en la orientación de la Península; Morales no acepta dicha orientación,

(1) Es decir *Ipúzcoa* con la *l* del artículo. El sonido *g* ha sido atraido por la *i* inicial, como en el vulgar valenciano *Guisabel* por *Isabel*.

(2) Edición de Madrid año 1792: la fecha nos la da él mismo en las págs. 141 y 142 del mismo tomo.

pero no porque se fundara en observaciones recientes, sino en la autoridad de Tolomeo, quien ya sabemos era para él lo último y más acabado que pudiera decirse acerca de la situación astronómica de los pueblos de la Península. Aduce también la autoridad de P. Mela y de Plinio; y dice muy bien que «España puede reducirse a cuadrado con harta dificultad, pero conviene darle la mejor escuadría que ser pudiera para formar sus lados» que se extienden: el oriental desde el cabo de Creus hasta el de Gata; el meridional, desde éste hasta el cabo de San Vicente; el occidental, desde aquí hasta el cabo de Finisterre, y el septentrional, desde éste hasta el de Creus.

Hemos acertado ya con una buena orientación de la Península, la misma que vimos resultaba de la descripción de F. Enciso, bien que éste nos la dió por partes y no en conjunto. También hubiera podido Morales darnos una detallada descripción de sus partes; pero su propósito no fué tal, ya por lo difícil que encontraría la empresa, ya porque bastaba con esto para su objeto, que no era más que tratar de las antigüedades de las poblaciones de España mencionadas en su crónica. Pero si no dice más de la descripsión física y política de la Península, nos habla muy por extenso de toda suerte de producciones, encontrándose en él algunos datos útiles que, de ser aprovechados, hubieran podido influir en el desarrollo material y económico de España. Quéjase Morales de que «siendo España suficiente para sí misma en todos los bienes, sin que tenga necesidad de traer cosa ninguna de otra provincia» la *ociosidad* y *delicadeza* de las mujeres de su tiempo fueron causa de que tuvieran nuestros abuelos que importar de fuera cosas que no servían más que para el *deleite y superfluidad*, como los lienzos y «*algún pescado especial* de que acá habría suficiente provisión si se aplicase a esto la industria».

Pero el mismo Morales tiene en parte la culpa de lo que lamenta. Exagera a continuación, lo mismo que el Cazviní en sus *Maravillas de las cosas creadas*, la fertilidad de España, aduciendo el testimonio de Plinio que señala [lib. 18 cps. 7, 10 y 11] en la Celtiberia tierras donde se coge dos veces en el año cebada; y «en todo el Andalucía, dice, que de un grano de trigo salen cien cañas o hijos» a lo que añade Morales: «y acudir una hanega con ciento, ya se ha visto hartas veces en nuestros tiempos». Quien esto escribe, no tiene derecho a quejarse de la ociosidad y delicadeza de las mujeres, ni tampoco de la falta de industria de sus conciudadanos. Si la tierra da dos cosechas de cebada al año y cien hanegas de trigo por cada una de sementera, ¿qué

necesidad tienen sus habitantes de la industria para poder vivir rica y opíparamente?

Este defecto de ponderar las excelencias de España es el que más resalta en la descripción de Morales: y su candidez y buena fe son tales, que llega a afirmar (p. 135) que no tienen razón los que nieguen a Plinio cuando dice éste «*que las yeguas de Lisboa se empreñaban del viento*». Da lástima ver estas afirmaciones en hombres tan eruditos como Morales.

El autor que tal afirma no creo llegue a dudar de nada; así que podríamos dar por terminada esta reseña, si no creyéramos que hay en ella cosas útiles que pueden servir para el conocimiento de la España de aquellos tiempos. Según él, Francia, Flandes, Iglaterra y Alemania «se sustentaban largamente» en su época, con el vino que de acá se exportaba. Hay, dice, en Sevilla una puerta «que si no entran por ella, un día con otro, en todo el año cuatro mil arrobas de vino, se pierde en el arrendamiento de la entrada» (p. 132); de aquí se sacaban, «sin jamás cesar, muchas lanas para Italia y para Flandes» y son muchos, añade (p. 134) los «extranjeros de aquellas provincias que vienenconfiados y seguros de que las lanas de acá los enriquecerán mucho, y en breve tiempo entienden cómo no les engañaba su esperanza». Habla de las martas almizcleras de Galicia y Asturias; de las becerras de esta provincia, de la miel y de la cera, y vuelve por la fama y laboriosidad de nuestras mujeres al hablar del cultivo de la seda, diciendo: «Granada y Toledo, Valencia, Córdoba y Murcia dan de comer de ordinario a un millón y más de hombres con este trato y ocupación, y a las doncellas muy encerradas les cabe buena parte desta ganancia, pues muchas crían la seda, muchas la devanan... y no hay fuera de España mujeres que osen competir con las nuestras en la diversidad, primor y presteza de labores».

La pesca de los atunes daba de renta cada año más de sesenta mil ducados al Duque de Medina-Sidonia; y al de Arcos y a otros particulares, más de veinte mil. Sigue hablando de la caza, frutos y legumbres de España; higos del Andalucía, maderas de España (1), nogales del Alcarria, grana, rosas y flores; jazmines, cuya flor y acei-

(1) Es curioso lo que acerca de esto trae en la pág. 144: dice «que le mostraron en Bejar un castaño, en cuyo hueco vivía un hombre como en choza y labraba allí de torno vasos de aquella madera». Lo mismo viene a decir Almacarí de un castaño de Guadix y otro de la Alpujarra.

te se emplean, dice, como remedio contra la tiña; plátanos, narcisos y azucenas.

Es tal el respeto y amor que profesaba nuestro Morales a los autores antiguos, que hablando del lino, cáñamo y esparto, se maravilla en gran manera de que Plinio no mencionara todos los usos a que se les destina; «del esterar los aposentos para el abrigo en invierno, dice, no es maravilla que no haga mención, porque debe ser invención nueva (p. 149). Habla a continuación con bastante minuciosidad de los metales y piedras preciosas de España en lo antiguo y en su época; describe la mina de azogue de Almadén. Menciona después los mares y ríos de España: de aquellos nada dice de particular, y en cambio llama la atención sobre el río de Ronda «llamado Guadalquivirejo (1)» del que nos dice lo mismo que los autores árabes, que su caudal es exiguo en invierno y mucho en verano, explicándonos la causa. Describe varias lagunas, y entre ellas la de *Uña* en la Sierra de Cuenca con una isla flotante; y el lago de *Zoñar* de agua salobre en el Andalucía, que los labradores sangraron abriéndole canal hasta el río de Aguilar. Nuestro autor que, como hemos visto, cree lo dicho por Plinio de las yeguas de Lisboa, y, por imitarle tal vez, habla de la isla flotante de la laguna de Uña (2), pone en duda lo que dice Vaseo del lago del Estrella en Portugal, en el que según éste refiere se hallaron pedazos de navíos.

Trata después de las fuentes y baños. Es curioso lo que dice de la de Antequera (p. 181). Cita muchísimas más y las describe. En algunas de estas descripciones como la que refiere de Vaseo (pág. 194) y en la de Cifuentes que él detalla, parece que uno esté leyendo al Cazviní; y lo mismo en la de Tamarico. De la de Carabaña dice, que echa peces y anguilas hechos pedazos. Después de leer a Morales, no nos extraña ninguna de las maravillas de que nos hablan los autores árabes. Hasta de las aguas que se convierten en piedras trata nuestro autor, bien que explicando la causa, y también de las que tienen la propiedad de «criar muy buenas voces en los que las beben». Finalmente: hemos hecho mal en censurar a los autores árabes la falta de precisión en el empleo de los nombres geográficos, *clima*, *cora*, etcétera; pues el mismo defecto vemos en Morales que, dedicando un artículo para explicarlos, nos deja después de su lectura lo mismo que antes: pues aunque dice que *provincia* es vocablo más general y

(1) Hoy Guadiaro.
(2) Plinio habla de otras semejantes, pero fuera de España en el lib: 2.° cap. 95.

extendido que región, añade que también la palabra región es provincia «*si se considera en respecto de lo que ella contiene en sí*». El Reino de Toledo, añade, es región de Castilla la Nueva, que es la provincia en que ella se contiene; mas también es provincia por tener en sí regiones, Alcarria, Sagra, Lomas de Madrid, Montes de Toledo (págs. 110 y 111). Con esta falta de precisión en el empleo de los vocablos, no es posible saber, a menos que lo expliquen en cada caso particular, la significación que hay que dar al término empleado, y éste es el defecto general y común a todos los geógrafos del siglo XVI. Terminada la descripción de España, continúa Morales su tratado de *Antigüedades de las ciudades* y *lugares, pueblos y ríos antiguos*, en donde no le seguiremos.

Diremos únicamente que derrocha en ellas su gran erudición pero tiene por histórico y cierto mucho que no lo es, siguiendo a ciegas y sin crítica a Silio Itálico que fué poeta más que historiador y se complació en crear o dar forma a muchas de las fábulas que se referían de nuestras antiguas poblaciones. Véase, si no, lo que dice de Cástulo (p. 107 y sigs.), cuya fundación atribuye a los Focenses de Beocia. Estos tenían en su región al pie del Parnaso una fuente llamada Castalia; hubo en España una ciudad antigua llamada Cástulo; pues sin más averiguación, este nombre procede de aquél; y no pudieron dárselo más que los que bebían el agua de aquella fuente. El mito está formado, pero nuestro Morales no se contenta con esto; quiere más razones y, buscándolas, compara la topografía de la región griega con la española, y encuentra aquí no sólo una fuente, que aunque mane poca agua puede compararse con la Castalia, sino perfecta semejanza entre el monte Parnaso y las montañas donde estuvo Cástulo.

**F. Pedro de Medina.**—Por los mismos años en que Morales escribía su crónica, publicaba también el maestro Pedro de Medina su obra titulada *Grandezas de España*, en la que, junto con la historia de la nación, nos dió la geografía antigua y moderna de la misma. Corregida y muy ampliada esta obra por Diego Pérez de Messa, catedrático de Matemáticas en la Universidad de Alcalá, se publicó de nuevo en 1598, siendo éste el ejemplar que hemos tenido a la vista para el ligero estudio que vamos a poner a continuación (1).

(1) Primera y segunda parte de las Grandezas y cosas notables de España, compuesta primeramente por el maestro Pedro de Medina, vezino de Sevilla y agora nuevamente corregida y muy ampliada por Diego Pérez de Messa..... etc. Alcalá de Henares 1598. Así la portada; la licencia para la impresión está fechada en Madrid a 28 de Diciembre de 1589.

Comienza la obra exponiendo la división del Mundo en sus partes y provincias; trata a continuación de la cuarta parte de la Tierra, llamada Nuevo Mundo, y de la nueva descripción de Europa, y entra deseguida en el tratado de España, a cuya geografía general dedica trece capítulos, desde el tercero hasta el quince, en los que habla de los siguientes particulares:

De la verdadera figura y descripción de España; sus montes y ríos más principales. De la división antigua y de la que él se propone seguir en esta historia; del clima, riqueza minera y de la gran fertilidad de España; de la bondad y excelencia de sus aguas; del valor y virtud de los españoles; de las letras y ciencia de los mismos y de algunas de sus condiciones. Religión, Prelados, Duques y otros señores de España; origen y principio de los títulos de Duque, Marqués, Conde y otros. En los demás capítulos de esta primera parte trata de la cronología e historia de Españahasta el Emperador Carlos V.

Hasta aquí hemos visto que Estrabón comparó la figura de la Península a una piel de buey, y le dió forma de cuadrilátero; que Ético y los geógrafos árabes le atribuyeron la de triángulo, y Morales la de cuadrilátero, como los antiguos, si bien advirtiendo que podía reducirse a tal figura con harta dificultad. Nuestro autor refuta la opinión de Morales y atribuye a la Península la forma de un pentágono irregular, cuyos lados dice que son: el primero los Pirineos, que la separan de Francia en toda su extensión que es de 80 leguas, y se extienden en dirección *Nornordeste;* el segundo se extiende desde el cabo de Creus por la costa de Cataluña, Valencia y Murcia y parte de la costa del reino granadino, hasta el cabo de *Gates*, no lejos de Almería; la longitud de este lado es de *unas 37 leguas* y mira al S. E. Prolóngase el tercero desde el cabo de *Gates* hasta el de San Vicente en una longitud de 133 leguas, y corre derechamente hacia Poniente, salvo en la parte del Estrecho, en que la tierra se interna en el mar. El cuarto lado, que va derechamente al Norte desde el Cabo de San Vicente hasta el de Finisterre, mide, según nuestro autor, 155 leguas; y el quinto, que extiende desde este último punto hasta Fuenterrabía, poco más de 140. Todo este lado mira hacia el Septentrión.

De extrañar es la extensión que nuestro geógrafo atribuye al segundo lado, o sea a la parte de costa de la Península que se extiende desde el cabo de Cres hasta el de Gata, que dice tiene unas treinta y siete leguas, extensión desproporcionada con la que señala a los otros lados, y que no podemos atribuir a errata, sino a descui-

do; pues la suma de poco más de 540 leguas que dice a continuación que tiene el ámbito de la Península, viene bien con la suma de las distancias parciales que asigna a cada uno de dichos lados (1). Si nuestro autor se hubiese fijado en el mapa que publica en la portada de la obra, hubiera podido observar que no 37 leguas, sino muchísimas más que al lado formado por los Pirineos y más que a cada uno de los otros tres, correspondían a éste. Tal vez fueran en su cuenta 137; y equivocado el dato, equivocara también la suma, sin parar mientes en la desproporción que resultaba a la simple vista del mapa.

Describe con bastante extensión los montes de la Península, que proceden todos. dice, de la cordillera Pirenaica, remitiendo al lector a Florian de Ocampo, de quien dice que en el Cap. V del libro II de su obra habla de ellos *muy en particular y tan bien, que parece que nació para describir montes*, así como en los ríos cita a Marineo Sículo, que contó en España 150 principales con 700 puentes: de aquéllos menciona él solamente el Guadalquivir, Guadalete, Guadiana, Tajo, Duero, Miño, Ebro, Júcar y Guadalaviar.

Respeta la división de España en las cinco provincias antiguas, pero con buen acuerdo dice que se atendrá a otra nueva, dividiéndola en 7 provincias y 10 reinos, de los que tratará en la segunda parte de la obra en el siguiente orden:

Provincia de Andalucía con el Reino de Granada.

Portugal y provincia de Extremadura.

Reinos de Castilla y León con el de Toledo.

Reino de Galicia, de las Asturias y provincias de Vizcaya y Guipúzcoa.

Reino de Navarra, de donde pasará a (la provincia de) Cartagena para tratar después del reino de Valencia, del de Aragón y últimamente de Cataluña, terminando con la descripción de las islas de Mallorca, Menorca e Ibiza.

Esta fué la división que estableció el maestro Medina y que su corrector considera la mejor que se había hecho del suelo de la Península. Como veremos, dista mucho de ser perfecta y acusa falta de fijeza en la terminología geográfica de ambos autores, en los cuales notamos el mismo defecto que hicimos observar en Morales, de dar a una misma región ya el nombre de provincia ya el de reino, como se verá ahora mismo en la descripción del Audalucia que nos hace nuestro autor, quien conforme con el orden que acaba de exponer,

(1) 80+37+133+155+140=545; o sea 5 más de 540.

describe en la segunda parte de su obra todas las regiones que hemos enumerado. Daremos breve idea de sus descripciones.

I. Del Andalucía.—En ella parece comprender ya toda la aantigu Bética, ya sólo la que, según veremos en otros autores, fué el reino de Sevilla. La falta de precisión en las denominaciones geográficas que antes hemos dicho se nota en nuestro autor, se ve en este capítulo, donde dice que en la provincia Bética o Andalucía se han de comprender los reinos de Granada, Sevilla y Córdoba, introduciendo ahora este último, que no ha mencionado en la anterior división.

Describe, pues, lo que llama Andalucía en su estado antiguo y en el moderno, enumerando como de ella 108 ciudades y villas principales que menciona, advirtiendo que a éstas han de añadirse las que después pondrá del reino de Granada y algunas que se atribuían a Extremadura, pero caían dentro de los linderos puestos por él a Andalucía. Trata en los siguientes capítulos del Estrecho de Jibraltar y de la ciudad del mismo nombre; de Aljeciras (la vieja y la nueva) y de Tarifa. Habla a continuación de las islas Afrodisias que dice fueron la Erytia, la de Juno, etc., creyendo en todas las fábulas que de ellas se contaron, y mezclando y confundiendo especies. Sigue hablando de las invasiones del mar en la tierra y de la pesca de los atunes; de Medina-Sidonia; de la isla y ciudad de Cádiz, de la Villa del gran puerto de Santa María, de Jerez de la Frontera, Sanlúcar, Islas Canarias, río Guadalquivir, ciudad de Sevilla, Triana, Sevilla la Vieja, Lebrija, Ecija, Antequera y Morón.

En el capítulo siguiente, describe a Córdoba, no como reino, sino como ciudad, lo mismo que a Jaén, Baeza, Martos, Niebla, Palos y su puerto; Zahara, Osuna, Estepa, Andújar, Peñaflor, Marchena y Utrera, terminando con el río Guadiana. De algunas de estas ciudades ni siquiera llega a dar noticia geográfica alguna, siendo histórico todo lo que refiere de ellas.

II. Reino de Granada.—(Cap. 37 de esta 2.ª parte). Dice que está situado entre los de Sevilla, Córdoba y Cataluña (sic), teniendo 60 leguas de largo por 25 de ancho..... y poco después lo circunscribe por la costa entre el río Guadiaro y el reino de Murcia. Añade que no solamente forma este reino parte del Andalucía, sino que es lo principal de ella, y «tanto, que Gemafrisio (sic) y otros muy buenos geógrafos modernos, traducen el nombre Bética por reino de Granada». Señala después la línea que por el interior lo dividía de los reinos de Sevilla, Córdoba y Murcia, incurriendo en algunas inexactitudes que prueban que no se tenía idea cierta de la posición respectiva de algu-

nas poblaciones del interior. Así dice que la raya que comienza en la desembocadura del río Guadiaro tiraba a poniente rodeando en círculo la tierra y Serranía de Ronda «y torziéndose hacia levante, entre la misma ciudad de Ronda y Medina Sidonia por junto a Zahra y el nacimiento del río Guadalete» sube desde allí «corriendo al norte derecha hacia la ciudad de Antequera», etc. Por lo demás, nos da una descripción bastante detallada de este reino al que atribuye cien poblaciones, a las que hay que añadir las que antes ha incluido en el Andalucía.

Entre éstas habla particularmente de Marbella, Ronda, Málaga, Alhama, Santa Fe, Granada, Almería, Loja, Tagara, Alora, Caçarabonela, Cártama y Coyn, Setenil, Orgiva, Baza, Galera y Guadix.

III. **De la provincia de Lusitania y Reino de Portugal.**—Acepta aquí como en otras partes las fábulas corrientes acerca de los antiguos reyes fundadores de ciudades en España. Señala los límites de la provincia Lusitania en lo antiguo (folio 175 v.), y los modernos del Reino de Portugal, en el que enumera 78 poblaciones, describiendo a Lisboa la capital, a Setubal, la villa de Hircania, Viseo, Coimbra, Guimaraes, la ciudad del Puerto (Oporto) y la villa de Tomar.

IV. **Provincia Extremadura.**—No le señala lindes ni línea divisoria con las regiones circundantes. En cambio, le da una ingeniosa etimología diciendo, que se llama Estremadura, «*porque vienen a ella a extremo muy gran parte de los ganados de Castilla..... y que en ella paren las ovejas y se extreman los corderos*». Enumera en ella 37 poblaciones, y describe la Santa Casa de Guadalupe y las ciudades de Mérida y Badajoz.

V. **Reinos de Castilla y de León.**—Es muy curiosa y edificante la lectura de estos escritores para ver cómo se habían adulterado los testimonios de los antiguos geógrafos, y cómo se iba formando entre gran parte de los eruditos nuestra historia y geografía en el siglo XVI. Nuestro autor empieza este capítulo diciendo que «Castilla según dicen Estrabón y Pomponio, se llamó primero Bardulia», nombre que no se lee en dichos autores; aunque creemos que lo que el maestro quiso decir aquí, es: que lo que precisamente se llamó Castilla, fué la región que Estrabón y P. Mela dicen que poblaron los Bárdulos.

Expone a continuación los dos sentidos en que se tomaba el nombre de Castilla, o sea: ya como reino distinto de los otros que en España se formaron con la reconquista, y como región; en este sentidose excluían de ella las regiones formadas por Extremadura, Andalucía,

Murcia, Vizcaya y otras. «Conforme al primer sentido, continúa nuestro autor, solemos decir en España, los reynos de Castilla, y asi incluye muchas provincias muy principales y notables, como son Burgos, los reynos de Toledo, Córdoba, Sevilla, Granada, Vizcaya, Guipúzcoa y otras regiones. Sus límites o lindes van desta manera, que por el Occidente se distingue del reyno de León por una raya sacada de la mar de Asturias entre Llanos y Colombres hasta el nacimiento del río Pisuerga, y sigue por el mismo río hasta meterse en Duero. Y de ay corre derecha al medio entre los mojones, y división de los obispados de Avila y de Salamanca quedando la jurisdicción de Avila en Castilla, y la de Salamanca en el reyno de León, de ay corre la misma raya derecha hasta Guadiana dexando a Plasencia en el reyno de León, y desde el río Guadiana tuerce la linde con el mismo río hasta la mar. Por la parte del medio día es contenido y encerrado el reyno de Castilla toda la costa de España que corre desde Guadiana la buelta del Oriente, hasta la villa de Guadamar en el reyno de Murcia junto a donde se mete en el mar el río de Segura. Desde esta villa de Guadamar comienza el lado oriental de los reynos de Castilla, por el qual se divide del reyno de Aragón, sube pues la raya el río de Segura arriba casi cinco leguas, y de ay sube siempre hazia arriba pero haziendo muchas y torceduras y bueltas por aquellas comarcas, metiéndose unas bezes al Levante y bolviéndose otras bezes al Occidente. Pasa en estas bueltas por junto a Villena y cerca de Almansa, y desde aquí va la raya por cima de los montes o sierras de Almansa, por Requena y Moya, después por Molina y cerca de Daroca y pasa entre Heriza y Calatayud, y buelve al poniente por entre Daroca y Medinaceli y luego por Monte agudo y Agreda y Taraçona y hatraviesa las sierras vezinas de Soria y llegando a Ebro cerca de la villa de Alfaro sube el agua arriba hasta Logroño. Desde aquí tuerce algo la raya hazia el oriente por cima de las sierras que dividen a Vizcaya y Guipúzcoa de Navarra. El último lado septentrional tiene la marina desde Fuenterrabía hasta Colombres. En el otro segundo sentido más restringido se entiende por Castilla aquella provincia y parte de tierra que tiene por términos por el mediodía a Estremadura por el Occidente tiene parte de Portugal y del reyno de León. Por el septentrión se termina con las Asturias y Vizcaya y por el oriente con el reino de Aragón: en esta segunda distinción de Castilla, hacen Castilla la vieja y Castilla la nueva, la vieja más al Septentrión, y la nueva hacia el mediodía junta con Estremadura».

El reyno de León, continúa nuestro autor, contiene algunas pro-

vincias grandes y principales, como son Galizia y gran parte de Asturias. Distínguese este reyno del de Castilla, por su parte oriental con aquella raya que arriba saqué desde junto a Llanes hasta el nacimiento de Pisuerga, y desde ay hasta Duero y por entre Avila y Salamanca hasta Horcajo de Medianedo, y de ay torciendo un poco la raya hasta Ciudad Rodrigo. Por la parte meridional tiene el reyno de León al reyno de Portugal, y por los otros dos lados del Poniente y del Norte tiene el oceano occidental y septentrional que va por la costa de Galizia desde la boca del río Miño hasta el Cabo de *Finis terra*, y de ay hasta bolver entre Llanes y Colombrez».

Los dos reynos cuyos lindes acaba de señalar más el de Toledo que no determina pero incluye en Castilla, dice que tienen 268 ciudades que a continuación enumera, tratando después en sendos capítulos de Calatrava (1), Ciudad Real, Toledo, el río Tajo y sus cosas notables, la villa de Olías (1), los toros de Guisando, Madrid, Alcalá de Henares y su Universidad, hablando de la cual se queja de lo poco retribuídos que estaban los catedráticos; Segovia, Pedraza, Avila, Madrigal, Toro, Zamora, Salamanca y su Universidad, Medina del Campo, Valladolid, río Duero, Palencia, Villa Verde (1), León, Orzonaga, (1), Burgos, Santo Domingo de la Calzada, Vivar (1), Bilforado, Lugar de Boecio (1), Villa de Salas (1), Carrión, San Pedro de Arlança (1), Idem de Cardeña (1), San Esteban de Gormaz, Saldaña, Espinosa de los Monteros (1), Clavijo (1), Montiel, Güete, Cuenca (1), Alarcón, Osuna, Baños de Ledesma, villa de Baños, Calahorra, Soria, Castillo de Aguilar (1), Olmedo, Tordesillas, Simancas, villa de Gormaz (1), íd. de Alcatañazor (9), Lora (1), Sigüenza (1) y Guadalajara, Veles (1), Talavera de la Reina y finalmente el Escurial y su templo.

Como se ve, habla de muchas poblaciones que no ha incluído en el número de las 268, debiendo advertir además, que de algunas ni siquiera indica el lugar de su situación, entrando a seguida en la narración de los sucesos memorables que en ellas tuvieron lugar, todos los cuales no han de tenerse como históricos, pues hay bastantes, entre ellos, tenidos hoy por fabulosos.

**VI. Reino de Galicia.**—Acabamos de ver como lo ha incluído en los límites del histórico reino de León, lo cual no obsta para que aquí trate especialmente de él, como reino y como provincia, que limita al S. con Portugal, al E. con Asturias y al O. y N. con el mar.

Lo mismo que en el tratado de las otras regiones, si dejamos a

(1) No incluida en la enumeración.

un lado todo lo que nuestro autor dice de los tiempos antiguos y algo de los medios, son de alabar las descripciones que nos da del estado contemporáneo de la provincia o reino que describe, y en especial las noticias que se refieren a las producciones y demás particularidades del suelo e industria y carácter de las gentes del país.

Dice que son sesenta las ciudades y villas principales de este reino, pero enumera 62, incluyendo entre ellas algunas como Navia, Riba de Sella y Llanes que son de Asturias.

En los siguientes capítulos nos habla en particular de Compostela, Coruña, Lugo, Mondoñedo y Orense, Tuy y el río Miño.

**VII. De las Asturias, Vizcaya y provincia de Guipúzcoa.**—Dice nuestro autor: «Son las Asturias dos: unas se dizen de Oviedo y otras de Santillana; las de Oviedo confinan con Galicia, y las otras con los Vizcainos. Son las unas y las otras tierras de muy grandes montañas.» No incluye, pues, en Galicia la actual provincia de Asturias, como podría deducirse de la lista de 62 pueblos que atribuye a aquel reino, entre los cuales, como acabamos de ver, los hay de Asturias. Esto parece indicar que, al igual que los autores árabes, desconocían los nuestros del siglo XVI la situación de muchas poblaciones, siendo este desconocimiento más perdonable en aquéllos que en éstos. Dedúdese también de aquí, lo poco que hemos de fiar en los testimonios de éstos y otros autores, cuando no sean varios los que convengan acerca del hecho cuestionable; y aún en este particular, hay que asegurarse de que no se han copiado unos a otros. Pues aplicando el caso a lo que estamos tratando, deberíamos decir que había dos poblaciones de importancia llamadas Llanes: una en Galicia, donde hemos dicho la pone nuestro autor, y otra en Asturias, donde la coloca también a continuación. Del mismo modo diríamos que Navia y Riba de Sella o eran de Galicia y no de Asturias, o la Galicia se extendería hasta ella en este tiempo, cuando como vemos, ni es una cosa ni otra, sino solamente una equivocación de nuestro Medina, que a lo que parece ponía poco cuidado en lo que escribía.

Y lo mismo hemos de decir de su corrector Pérez de Mesa, que al terminar la descripción nos dice:

«En estas provincias de Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa, hallo yo sesenta y quatro ciudades y villas principales, que son éstas»: sigue la lista en las que enumera 68 y no 64, tratando en los siguientes capítulos de Oviedo, Bilbao, Vitoria, San Sebastián, Fuenterrabía, Gijón y *Cuevadonga*.

**VIII. Reino de Navarra.**—Por los límites que señala a este reino, se

ve de una manera clara que, si en el siglo en que estamos se había llegado ya a orientar los lados o costas de la Península, no sucedía lo mismo con las regiones interiores, cuya orientación respecto de los puntos cardinales no estaba aún bien definida e incurrían los geógrafos en inexactitudes como la que vamos a ver:

«El reyno de Navarra, dice nuestro autor, tuvo antiguamente por término y lindes las cumbres de los montes Pirineos por la parte de Levante, con las cuales se divide de Francia. Por la parte del Poniente tenía por término al río Ebro, con el qual se dividía de Castilla. La parte meridional cerrava un río que llaman Aragón, el qual nace cerca de Jaca en los montes Pyrineos y corriendo derecho de Levante al Occidente, se mete en Ebro frontero de la villa de Alfaro, quatro leguas más abaxo de la Ciudad de Calahorra. Y según este lindero no pertenecían a Navarra, Tudela, ni Alfaro, ni Cortes, pero metiéronse en la jurisdicción y término deste reyno por vía de dote y casamiento. El lado septentrional yva por una raya que se tira desde Roncesvalles, hasta la sierra que llaman *Población*, que son veynte leguas pequeñas de trecho, y van a fenecer frontero de Logroño. Con esta raya que va sobre montañas se divide Navarra de las provincias Guipúzcoa y Alava». Esta orientación corresponde más bien a la geografía de Tolomeo que a la de la época, notándose en ella el divorcio que continuaba entre la geografía matemática erudita y la popular, no habiendo llegado aquella a orientar las regiones interiores de la Península como ésta había orientado sus costas (1).

Enumera en este reino cincuenta poblaciones principales, hablando especialmente de Pamplona, del Castillo de Castro Viejo, Roncesvalles, lugar de Orcejo y de los montes Pyrineos.

IX. **Provincia de Cartagena y Reino de Valencia.**—No señala límites a la primera, pero sí al segundo que confina con el reino de Murcia por el S., con Castilla por el O., con Aragón por el N. y con Cataluña por *entre Septentrión y Oriente*. Describelo con bastante minuciosidad y le asigna junto con la provincia de Cartagena 69 ciudades y villas principales, hablando a continuación de Murcia. Valencia, Grao de Valencia, Sagunto, Xátiva, Alcocer, Valle de Bairén-Gandía y Oliva, Alcira, Biear, Burriana, Castillo de *Enesa o Cebolla* que agora llaman el Puyg de la Santa María, y Villena.

(1) Recuerda, que según Aldrete, se llamó esta región Navarra «por las muchas *navas* que tiene, que son unos campos rasos o florestas cercados de arboledas y bosques». Al principio del capítulo da otra etimología.

X. Reino de Aragón.—Acierta con la etimología que deriva del río del mismo nombre, pero no con la disparatada que atribuye a éste, diciendo que Hércules, estuvo en España e instituyó cerca de Jaca unos juegos que se llamaron *agones*, (1) nombre del cual procede el del río Aragones.

No indica sus límites, y le atribuye 67 ciudades y villas principales, hablando después del Ebro, Zaragoza, Castillo de Monte Aragón, Gerona, Huesca, Jaca, Daroca, Sos Cellas, Albarracín y Teruel.

XI. Principado de Cataluña.—Tampoco le señala límites, ni lo describe: limítase a exponer su historia, poniendo al final una lista de 56 poblaciones entre las cuales menciona a Morella y a Moxente, enclavadas en el reino de Valencia. Habla en los capítulos siguientes de Barcelona, del santuario de Monserrat, de Tarragona, Denia (2), Ampurias, Colibre, Salsas y Perpignan. Trata después de las Baleares, Mayorca, Menorca, Ibiza y Formentera, y termina la obra con un itinerario en el que indica la distancia en leguas que hay entre las principales poblaciones de España.

Tal es la obra del maestro Medina, aumentada por Pérez de Mesa y publicada en los últimos años del siglo XVI. Aunque su objeto principal no es la Geografía, sino ésta, la cronología y la Historia, expone de aquella ciencia todo lo que se sabía en España, y por ella vemos que faltaba aún mucho que andar en el camino de la geografía descriptiva. Eran muchas las regiones de España que no la tenían: como Cataluña, Aragón y Valencia. Además, en la enumeración de ciudades, se atribuyen como hemos visto a una región algunas que están incluidas en otra. La geografía mitológica llena gran parte de la obra, teniendo ambos autores por verdades históricas y probadas todo lo que de Hércules y demás héroes antiguos se había dicho con referencia a España. En cambio son preciosas las descripciones que nos da de algunas regiones referentes al estado contemporáneo de los autores, especialmente en lo que respecta a los productos, comercio, industria y carácter de sus habitantes. Los ríos aparecen en ella descriptos también con minuciosidad y bastante exactitud.

Esta obra tuvo, como veremos, grandísima aceptación en España, y le cabe la gloria de haber sido el modelo conforme al que se escribieron otras en los siglos XVII y XVIII.

(1) Plural de la palabra griega *agón*, que significa *lucha o certamen.*
(2) Que antes incluye también en la lista de las de Valencia.

BIBLIOTECA

## La Península ibérica en las Geografías extranjeras del siglo XVI.—Munster; Ortelio.

1.—**Munster.**—Inferiores en mérito científico y en precisión geográfica, aunque algo más extensas en detalles que la descripción de la Península de Fernández Enciso, fueron las dos obras de Geografía más celebradas que se publicaron fuera de España en el siglo XVI, aunque de una de ellas puede decirse que si no se publicó en la Península, debió su publicación a nuestro Felipe II, quien ya hemos visto el gran interés que tenía por el fomento de los estudios geográficos. Debemos la primera de éstas dos obras a Sebastián Munster, que en 1544, esto es, 25 años después de Fernández Enciso, publicó, según Vivien de Saint Martín (1), la «*primera obra moderna de Geografía descriptiva*». Dicha obra, escrita en alemán en su primera edición, fué puesta en latín en 1550; y aumentada después por François de Belle-Forets, se publicó en francés en 1575, con el título de *La cosmographie universelle de tout le monde*», edición a dos columnas, de las que emplea 39, o sea desde la 117 a la 156 del tomo 1.º en la descripción de España, que encabeza con el siguiente pomposo epígrafe: *La descripción de España y de sus reinos, provincias y regiones, según el estado presente, y del género de vida de los Españoles, tanto antiguos como modernos.*

Lo mismo el autor original que el que adicionó la obra desconocían a España y a los españoles; las inexactitudes que se advierten en este tratado son muchas; no siguieron, como Fernández Enciso en su descripción, el procedimiento racional y científico que aquel inició y que el autor francés hubiera podido mejorar y aumentar, de haber conocido la Suma de Geografía; no siguieron tampoco la división antigua de España en sus tres provincias, Bética, Lusitania y Tarraconense, ni la división del tiempo en que escribían, tratando en especial de cada uno de los reinos en que históricamente había estado dividida la Península; quisieron unir estos dos últimos procedimientos, y al exponer las regiones modernas que correspondían a las provincias antiguas, incurren en las notorias inexactitudes que vamos a notar:

(1) Historia de la Geografía y de los Descubrimientos geográficos traducción de Sales y Ferre t. II p. 106.

Choca a primera vista en esta obra que su autor, al igual que Florian de Ocampo, da a la Península la misma orientación que Estrabón, si bien emplea los nombres modernos de los puntos que limitan sus lados N. S. E. y O., cosa que contradice el mapa que acompaña a la edición, en el que aparece aquella orientación más perfecta, y tal como la dibujan los mejores mapas de la época; casi la misma que hemos visto en el maestro Medina y veremos en Ortelio. Difiere de Fernández Enciso y Medina en la extensión que da al circuito de España (1), y confunde lastimosamente las regiones modernas, al incluirlas en el perímetro de las antiguas provincias, especialmente en la de Lusitania.

Reduce a la antigua Tarraconense los reinos de Murcia, Valencia, Aragón, Navarra, provincias de Guipúzcoa, Biscaya y Alava (que escribe Alare), las dos Asturias, los condados de Santillana y de Oviedo; el país de Galicia, Castilla la Vieja y lo que hay en Portugal entre los ríos Duero y Miño. Comprende en la Bética los reinos de Sevilla, Córdoba, Granada y *otras tierras;* en Lusitania las provincias de León, Portugal, Castilla la Nueva y las tierras de Extremadura, y nos dice a continuación que todos estos reinos, menos el de Portugal, están bajo un solo cetro. Más adelante contradice esta división incluyendo a Galicia en Lusitania.

Sigue hasta la columna 121, exponiendo las antiguas divisiones de la Península, sus conventos jurídicos y pueblos que la invadieron; deduce el orígen del nombre *Cataluña* de las palabras Goth y Alain (Godos y Alanos), y acepta para Aragón la etimología que le dió Nebrija, quien decía que era igual que Tarracón. Trata en la columna 122 «De algunas ciudades y regiones de España», colocando a Cartagena en el reino de Granada, y a Zaragoza en Castilla, error este último que corrigió el autor francés, pero no el primero. El antiguo y primitivo nombre de Iberia que, como vimos en Estrabón, se circunscribía a la región sita entre el Ebro y los Pirineos, renace entre los geógrafos de esta época. Lo emplea Fernández Enciso y también nuestro autor, que nos ofrece en el siglo XVI una Iberia que comprende toda Cataluña y parte de Aragón. Sitúa (col. 123) a Cádiz junto a Granada, «Gades est en l'Isle de Gadira aupres de Grenade», y cita a continuación 41 nombres de poblaciones antiguas que

(1) De 530 leguas o 540 según aquéllos, y de 620 según Munster. Aunque Enciso no indica la legua a que se refiere su medida, podemos suponer que sea la española que es la que Munster emplea también en este caso.

dice corresponden a otros tantos de poblaciones modernas: acierta en algunos, pero se equivoca en muchos al reducir Vellica a Victoria, Lucus Augusti a Oluca, etc. etc.

Después de hablar de la división eclesiástica de España en 7 arzobispados; de Perpignan, capital del condado de Rosellón, «limítrofe de las Españas»; de la entrada o paso del mar en la tierra de Granada, y de las columnas de Hércules en que repite lo de los antiguos geógrafos, lo mismo que en la col. 126 en que habla de la fertilidad de España, nos ofrece en la 128 el capítulo más curioso de toda la obra, por las inexactitudes en que incurre hablando del carácter de los españoles. Inexactitudes que aparecen después repetidas en muchos libros de viajeros ingleses, alemanes y franceses, que por lo que se ve, bebieron en la misma fuente que nuestro autor; y al igual que los árabes, siguieron copiando unos y otros, no del original que pudieran observar en su paso por la Península, sino de lo que ya habían escrito otros que tal vez no habían pasado por ella. Sería curioso un detenido estudio de los muchos viajes por España y Portugal que los extranjeros han publicado, para ver lo que ha sido España descrita por esos turistas, en Inglaterra, Alemania y Francia; y no sólo en el siglo de que estamos tratando, sino hasta en el pasado se quejaba Antillón, como veremos, de lo mal que nos conocían fuera.

*Comparación de España y Francia, y costumbres de los españoles*, se titula el capítulo que vamos a examinar: debemos suponerlo adicionado en gran parte por el autor francés, quien dice en él, que Francia supera a España en cantidad de trigo y carne, pero que España supera a aquélla en bondad y en favor, pues según Villanovano, autor español, la Galia es fecunda por lo mucho que en ella llueve, al paso que España lo es por los riegos, sacando por medio de acequias, agua de los grandes ríos: enumera los productos que se exportaban entonces de España, y a continuación nos pinta a los franceses como gente gozosa y alegre, dispuesta siempre para banquetes y rehuyendo todo lo que pueden esa gravedad que en su porte observan los españoles... aquéllos, añade, son muy hospitalarios, al revés de lo que ocurre en España. Habla luego de los productos de la industria que recíprocamente cambiaba el comercio entonces entre Francia y España: después de los duques, condes, marqueses y barones que aquí había; número que le parece excesivo, porque en Francia, añade, si bien hay muchos nobles, pocos de ellos son de gran dignidad; y termina este capítulo exponiendo la opinión que en Francia se tenía de la mujer española. Los franceses, dice, tienen por

cosa bárbara el que las mujeres españolas se horaden las orejas para colgar de ellas piedras preciosas (1): que se ciñan el bajo vientre de un círculo de madera para andar más gallarda y pomposamente. No salen de casa, añade, sin pajes que les vayan delante y camareros detrás. Alaba en ellas el que no beban vino, pero les vitupera el que se desfiguren la cara con colirios, bermellón y albayalde, porque no tienen la tez tan fina como las francesas. El editor francés, no contento con este retrato, corrige a Munster diciendo que lo del vino no es verdad, pues lo cierto es que aquéllas se gastan en dicho licor todo el dinero que les dan sus maridos, con objeto de tener buenos colores. Así se va formando la leyenda que luego hará de la mujer española un baratero con la faca atada a la liga.

En las columnas 138 y siguientes, expone el origen de los reinos de Castilla, Navarra y Aragón; trata en el 147 de la Lusitania, y en el 149, de los Arzobispados, Principados y Universidades de España, terminando con una lista de las poblaciones que contienen las diversas regiones del suelo de la Península. Aquí atribuye a Lusitania la Galicia que antes ha dicho era de la Tarraconense. Termina el tratado de España dividiendo en tres clases las riquesas de la nación, según eran propiedad del rey, de los obispos o de los príncipes y señores.

**II. Ortelio.**—La mejor obra geográfica del siglo XVI se debe a Abraham Ortelio, geógrafo de Felipe II, que en su *Theatrum orbis terrarum* publicado en 1570, nos ofrece el primer Atlas especial de Geografía moderna. Ortelio fué, según Vivien de Saint-Martín (2) «uno de los primeros que concibió, a lo menos en su conjunto, el pensamiento de una reforma radical en la geografía de Tolomeo». Antes que él ya hemos visto por lo que respecta a nuestra Península, que Fernández Enciso se emancipó completamente de todos los geógrafos de la antigüedad y nos presentó su descripción no superada, ni siquiera imitada por ninguno de los geógrafos que conocemos del

(1) No se crea por esto que las damas francesas no usaran pendientes en esa época; pues según me dice mi amigo y compañero, D. Juan Ramón Mélida, en la obra de M. Racinet, titulada *La costume historique*, aparecen fielmente reproducidos retratos de damas francesas de esa época, las cuales llevan pendientes en las orejas. Es más, añade al Sr. Mélida; el rey Carlos IX de Francia, en el retrato pintado por Francisco Clouet, que murió en 1572, lleva pendientes; y los lleva también, y de gruesas perlas, la esposa de dicho monarca, Isabel de Austria, en el retrato pintado por Pedro Porbus, que murió en 1584.

(2) Obra cit. t. II p. 166.

siglo XVI. La gran erudición clásica de Ortelio y de casi todos los mejores geógrafos de esta época, les impedía, como ya hemos dicho, caminar desembarazadamente; y en su deseo plausible de relacionar el estado presente del mundo que describían con el estado antiguo que, veían descrito en los autores, tropezaban con grandes dificultades que muchas veces no podían vencer y eran causa de los errores y contradicciones que observamos en sus obras. La cartografía y la geografía andaban divorciadas en esta época; aquélla, tomando sus datos de los marinos y viajeros contemporáneos, y desentendiéndose completamente de los geógrafos antiguos, nos presenta en general bien orientados los mapas de la Península y de algunas de sus regiones; la geografía acepta estos mapas, pero sigue repitiendo como los antiguos, especialmente Estrabón, que los Pirineos constituyen el lado oriental de España, y que su lado meridional lo forma la costa del Mediterráneo.

Así lo vemos en Ortelio, pero sólo en la descripción general de la Península y en la de Cataluña; en las demás regiones, en las que se guiaba por los mapas de la época que a la vista tenía, conforma con éstos su descripción, y no se ve la disparidad que observamos en aquellos dos

En Ortelio no tenemos una descripción general y completa de la Península, ni tampoco de la España de su tiempo, sino descripciones parciales según se las proporcionaron los escritores españoles y portugueses de la época, que al estudiar las antigüedades de cualquier región la describían también según el estado de su tiempo. En cada una de estas descripciones indica los autores que le han servido de fuentes (1); y, por lo que se ve, no conocía la obra de Fernández Enciso, que le hubiera podido servir para el capítulo en que pretende describir la Península; y decimos pretende, porque en él no hace más que exponer sus límites y las regiones de la antigua Tarraconense. Trata además separadamente, en las páginas siguientes, de Portugal,

(1) Vaseo, Marineo Sículo, Mario Aretio, Damián Goesio, Francisco Tarasa, Alonso de Meneses y otros, para la descripción de España. El mismo Vaseo y Pedro de Medina para la de Portugal, citando también en ella a Jerónimo Osorio, Marineo Sículo, Sebastián Munster y Andrés Resende; Navagerio en el Convento hispalense; Pedro de Medina, Pedro A. Beuter, Bernardino Gómez, Marineo Sículo, Damián Goesio, Mariana, Morales y Federico Furio, en la de Valencia; Esteban de Garibay, Florián de Ocampo y Navagerio en la de Guipúzcoa; Navagerio, Pedro de Medina y Jorge Bruno en la de Carpetania; Fr. Jer. Ojea en la de Galicia, y Francisco Diago en la de Cataluña.

del Convento Hispalense, reino de Valencia, Isla de Cádiz, Guipúzcoa, Carpetania, Galicia y Cataluña, únicas regiones de la Península que describe, acompañándolas de sus respectivos mapas (1). Daremos una idea breve de todas estas descripciones:

1.° **Portugal.**—Dice, con razón, que este reino es llamado impropiamente Lusitania. Divide su territorio en 4 partes: la región que llama *Interamnem*—Entre ríos —sita entre el Miño y el Duero; la *Cistagana*, o sea la comprendida entre Duero y Tajo; la *Transtagana*, al sur de este río y el *Algarbe*. Habla de la fertilidad del suelo, especialmente de la región *Entrerríos*, que dice es causa de que en ella sola haya más de 130 monasterios con pingües rentas. En la misma, añade, se cuentan más de 25.000 fuentes perennes. Expone después el origen de este reino.

Como se ve, este es el primer tratado de geografía en que el reino de Portugal se presenta separado del resto de la Península. El mapa que acompaña a la descripción, impreso por Alvarez Seco (Roma 1500), es superior al que resulta delineado según las tablas de Tolomeo. No indica la longitud geográfica, sino sólo la latitud, y en este particular es inferior al que resultaría de la descripción de Enciso. Situado Portugal entre los 37° y un poco más arriba de los 42°, lo extiende el mapa de Alvarez Seco hasta los 43° 1/2, haciéndole comenzar cerca de los 37 1/2, mientras Enciso, como hemos visto, lo extiende desde los 37° hasta los 42° en que coloca la desembocadura del Miño o río Marín. En dicho mapa no aparecen dibujados los montes, pero sí muchas poblaciones, y se hallan bien determinados los límites con España, por el Miño, reino de León, reino de Castilla y Andalucía. Lisboa cae cerca de los 40° de latitud, casi la misma que le dió Tolomeo, que la puso a los 40° 15'.

2.° **Convento hispalense o parte de Andalucía.**—Describe sólo la diócesis de Sevilla, según la representa el mapa de Jerónimo de Chaves, que adjunto publica, comprendiendo las provincias modernas de Sevilla y Huelva con la mitad S. O. y O. de la de Cádiz. De la provincia actual de Sevilla quedan fuera del mapa las poblaciones que como Estepa correspondían a la diócesis de Málaga. No indica longitudes ni latitudes.

En la descripción mezcla Ortelio las noticias de los antiguos, es-

(1) Esto en la edición de 1603, pues en la de 1579 sólo aparecen la descripción de España, la de Portugal y la de la Diócesis de Sevilla. No hemos podido ver la edición de 1570.

pecialmente de Plinio con otras modernas, deteniéndose con especial predilección en la de la ciudad de Sevilla, la más hermosa de España, dice, y más rica de todas las de Europa por el oro que a ella venía de América. Menciona algunas poblaciones antiguas y su correspondencia con las modernas, y la división eclesiástica antigua y contemporánea del arzobispado.

3.° *Reino de Valencia.*—Ortelio no indica sus límites, contentándose con decir que esta región comprende la antigua Edetania, la Contestania y parte de la Ilercaonia, para lo cual bueno fuera que nos hubiese dicho antes a qué autor antiguo seguía al delimitar estas regiones. Más acertado el que delineó el mapa, pone por límites del Reino, al E. el Mediterráneo; al N. y parte del O. el reino de Aragón, señalando la línea de límites antigua y la moderna: al O. Aragón, Castilla y Murcia, y al S., esta última región: de modo que comprende las tres provincias de Alicante, Valencia y Castellón. Tiene este mapa algunos nombres mal escritos y poblaciones algo desplazadas del lugar que respecto de otras les corresponde.

Nos describe el estado antiguo y el moderno: dice que la mayor riqueza de la región procedía de la porcelana, en cuya fabricación competía Valencia con las mejores fábricas de Italia. Dicha ciudad tenía, según Pedro de Medina, más de 12.000 pozos de agua viva: se alababa entonces a Barcelona por rica, a Zaragoza por fértil, y a Valencia por hermosa: cultivaban sus campos gente morisca que conservaba aún el lenguaje y costumbres de sus abuelos.

4.° *Cádiz.*—Publica el mapa de la isla bien delineado: da pocas noticias; y éstas, antiguas.

5.° *Guipúzcoa.*—Parte de España de la región cantábrica, encerrada entre Navarra, los Pirineos y Vizcaya. Ortelio no menciona a Alava en su linde sur, pero sí el mapa. Corrige a los que escribían este nombre *Lepúzcoa* y *Lipúzcoa* (1); la celebra por la abundancia de hierro en su suelo y por su industria que fabrica toda clase de armas de guerra. *Oficina de Marte,* se la había llamado con razón; y obreros del mismo dios, a sus habitantes. Se pescan en su costa, añade, muchos bacalaos y ballenas; y se extraña, lo mismo que nosotros, de que en un lugar de ella llamado Salinas, se cociese la sal mezclándola con avena o semilla de lino. Menciona sus principales

(1) Lipúzcoa es el nombre primitivo de la región con el artículo castellano; así, *l'Ipúzcoa.* Pronunciando dicho nombre Ipúzcoa sin el artículo, el sonido inicial *i,* atrae una *g,* y de aquí el moderno Guipúzcoa que ya prevalecía en el siglo XVI.

poblaciones y explica la etimología de *Donostia* por *Don Bastia*, que es lo mismo que *San Sebastián*, porque *Don* en Cantabria es lo que *Santo* en Castilla.

6.° *Carpetania.*—Redúcese a decir que está situada en el centro de España, y remite al lector a las descripciones de Navagerio, Pedro de Medina y Jorge Bruno. El mapa que acompaña, dice que no es de toda la Carpetania, sino sólo de la parte de ella que cae al oriente de Toledo: en efecto, no es más que del territorio comprendido en el cuadro encerrado por una línea que desde Toledo sube a Leganés en dirección S. a N.; de aquí corre hacia el E. hasta Morata de Tajuña; baja de aquí al Sur hasta Ocaña, de donde corre al O. hasta el Monasterio de San Jerónimo, situado al Sur de Toledo. De modo que comprende parte de las actuales provincias de Toledo, Madrid y Guadalajara.

Hablando de Toledo nos da una noticia de origen árabe, abultada como veremos con extraordinaria exageración. Dice que le leyó, no recuerda quien, lo que trae *Regerus Honedenus* (2. Annal. *Angliae)* que vivió por el año 1200, en cuya obra el nombre de aquella ciudad se lee Tulette, y se dice que hay en ella un monte del que cada día se sacan más de mil cargas de camello y sin embargo no se le ve disminuir; porque aunque se haga en él profundísima hoya cavando la tierra, se rellena ésta al día siguiente, si le cae agua de lluvia. La tierra que de allí sacan se exporta a las provincias vecinas, y se vende para lavar la cabeza y ropas, tanto de cristianos como de paganos. Esta noticia, tomada del Edrisí, o de Roger, como dice Ortelio, no la hemos visto tan exagerada, como aquí se nos ofrece, en ninguno de los autores árabes, y es menester que la tengamos en cuenta para juzgar el mérito científico de éstos y no acusarles a ellos solos de falta de crítica y sobra de buena fe, cuando como aquí vemos, el defecto era de la época. Lo extraño es que hombres tan eruditos como Ortelio y Morales, incurriesen en estas exageraciones.

7.° *Galicia.*—Después de exponer su antigua descripción y señalar sus límites modernos, la describe con bastante minuciosidad, como región montuosa, rica en pesca y ganados, de templado ambiente, que produce los mejores frutos y limones de toda España, y mejores vinos que casi toda Europa, especialmente en Orense y Ribadavia. Tiene abundancia de aguas medicinales y muchos puertos. Se detiene bastante en la descripción de sus ríos y de muchas poblaciones.

En el mapa de Ojea que adjunto publica, el Miño corre casi recto

de N. a S., desde Rivadabia hasta el mar. La longitud está equivoca da por defecto y por exceso. El límite con Portugal lo pone casi por el paralelo 41°, extendiendo la región desde los 40° 40' hasta los 43° 10', o sea por el intermedio de dos grados y medio, cuando solo llena poco más de uno y medio.

8.° *Cataluña.*—Explica su etimología derivándola ya de los nombres Godos y Alanos, como Munster, ya del nombre de Otger Catalonís, enviado por Carlos Martel a guerrear en España; pues el nombre, dice bien, es reciente y no suena en los geógrafos antiguos. Limitada por el O. con Valencia y Aragón; separada de aquélla por el río Cenia o Alcanar, y de éste, en partes, por el Arnesio, el Ebro, el Segre y el Noguera Ribargozana, tiende toda su costa mirando al Sur, extiende sus límites por el Este hasta el lago Salsula y el fuerte del mismo nombre, por lo que hoy pertenece a Francia desde el tratado de los Pirineos, montes que pone nuestro autor por límite norte del Principado. Mejor orientación le da el mapa, según el cual la costa del Mediterráneo cae al E. y S. E.; Valencia al S. O., y la parte de Francia que poseía entonces España, al N. (1).

Divide la región en Cataluña antigua y moderna; comprende en aquélla la parte que desde los Pirineos y el mar se extiende hacia O. hasta el Llobregat y el río Cardoner. Expone la división eclesiástica del Principado en 1 arzobispado y 8 episcopados; y la territorial o política en dos ducados, quince marquesados, diez y ocho condados, 14 vizcondados y muchas baronías. Indica la temperatura de la región y describe con bastantes pormenores los accidentes del suelo, bosques, ríos, producciones, minas, piedras preciosas, etc., y buen número de poblaciones.

Tales son los mapas y descripciones particulares del suelo de la Península que contiene la obra más famosa de Geografía que se pu-

(1) Ni conviene tampoco el mapa con los límites occidentales que le asigna Ortelio. La línea divisoria va en éste por el río Cenia y el río Algas en parte hasta la mitad de su curso, de donde se dirige rectamente a buscar la confluencia de los ríos Cinca y Segre reunidos, con el Ebro. Sigue desde aquí un poco por el curso del Cinca que luego deja para ir a buscar al Noguera Ribagorzana a la latitud de Tamarite, desde donde continúa por el curso de este río hacia el N., comprendiendo en ella el valle de Arán y vertiente pirenáica del Garona: viene de aquí hacia el E., dejando a Francia la vertiente central de los Pirineos orientales, después de los que se interna la línea dejando a Cataluña todo el condado de Rosellón. Según esta línea, comprendía entonces Cataluña parte, aunque pequeña, de las provincias de Teruel, Zaragoza Huesca.

blicó en el siglo XVI. Galicia y Portugal, las provincias de Sevilla y Huelva, las tres del antiguo reino de Valencia, las cuatro del principado de Cataluña, Guipúzcoa y una región del centro de España que no corresponde a ninguna provincia actual, sino a parte de tres, es lo único que en aquella época se había descrito. Ni Aragón, ni ambas Castillas, ni León, Vizcaya y Álava, ni seis provincias del Andalucía, habían encontrado aún geógrafo que las describiese y estampase a la vez su superficie en un mapa. Veamoslo que nos da el siglo XVII.

# CAPÍTULO III

## La geografía de la Península Ibérica en el siglo XVII.—Vicente del Olmo.—El P. Francisco de Coria.—Labaña.—Descripción anónima.—Luis Carduchi.—Esteban de Corvera.—Méndez Silva

El siglo XVI nos dejó, como acabamos de ver, algunas descripciones generales de la Península y otras parciales de algunas de sus regiones. Se intentó además, durante el mismo, levantar la carta matemática de toda ella por el maestro Esquivel y describir particularmente su topografía por D. Hernando Colón. Durante el siglo XVII no se continúan estos trabajos más que en parte. Ni la geografía matemática ni la descriptiva adelantan entre nosotros lo que debieran, para ofrecernos una completa descripción y mapa de España, como los tenía Portugal, antes de unirse a ésta en la corona de Felipe II. Tampoco esperemos nada de los geógrafos de fuera de la Península que, en el siglo anterior, no hicieron otra cosa que elaborar las noticias que tomaron de nuestros eruditos. La obra de Ortelio se resumía y publicaba en 1601 por Juan Bautista Vrientio, sin añadir en la nueva publicación noticia alguna ni descripción particular a las que aquélla contenía.

Algo adelantó la geografía matemática al convencerse sus cultivadores de lo errado que estuvo Tolomeo en el cálculo de sus longitudes y latitudes. En el tratado de *Vicente del Olmo* (1) publicado en 1681 se lee un capítulo titulado «De los errores de los geógrafos antiguos y de Tolomeo»: indica en otro la longitud y latitud geográficas de las ciudades y lugares más principales del orbe, entre las que cita 78 de la Península; pero la situación que les asigna en grados y minutos, está errada en casi todas, según puede deducirse del cotejo

(1) Nueva descripción del orbe de la tierra en que se trata de todas sus partes interiores y exteriores y círculos de la esfera y de la inteligencia, uso y fábrica de los mapas y tablas geográficas, así universales y generales, como particulares, etc.

que hemos hecho en algunas. Está acertada la latitud de Alcalá, que pone a los 40° 28', y sabemos que está a los 40° 28' 40"; pero en la de Almería se desvía seis minutos, dos en la de Madrid, cinco en la de Barcelona, etc. etc. No busquemos, pues, entre los geógrafos matemáticos de este siglo, la rigurosa precisión que con los nuevos adelantos de la cosmografía y con el perfeccionamiento de los instrumentos de observación nos darán los geógrafos del siglo siguiente, y fijémonos en lo que respecta a la geografía descriptiva, para ver el adelanto que ésta nos ofrece en la descripción de la Península.

Pocas son las obras de que podemos hacer mención. Dejando aparte las de todos aquellos escritores que se dedicaron al estudio de las antigüedades, aunque en sus obras se encuentran apreciables descripciones de los puntos que esclarecían; y fijándonos solamente en los que describían el estado de la Península en su tiempo, o el de algunas de sus regiones, trataremos de los siguientes en el orden en que vamos a enumerarlos:

El P. Francisco de Coria, que en 1608 escribió una Descripción e Historia general de Extremadura.

El portugués Labaña, que describió el reino de Aragón.

Duarte Núñez, portugués también, que escribió una descripción de Portugal (1).

Otro portugués, que describió todas las provincias litorales de la Península.

El maestro Rus Puerta, que publicó en 1640 su *Corografía antigua y moderna del reino y obispado de Jaén* (2).

Luis Carduchi, matemático de S. M., que en el mismo año 1640 publicó la Corografía del río Tajo.

El portugués Méndez Silva, que publicó en 1645, su apreciable obra titulada *Población general de España;* y

Esteban de Corvera que en su *Cataluña ilustrada* publicada en 1678, nos describe este Principado.

No habiéndonos sido posible ver la descripción de Duarte Núñez, ni la del maestro Rus Puerta, que no sabemos se hayan publicado, trataremos solamente de las restantes obras.

**El P. Coria.**—La Descripción e Historia general de Extremadura del

(1) No hemos podido ver esta obra.

(2) Tampoco sabemos dónde existe esta obra: en la biblioteca nacional hemos visto la Historia eclesiástica del Reino y obispado de Jaén, del mismo autor, escrita en 1634; pero no existe allí la Corografía.

P. Coria, se conserva manuscrita (1), en la Academia de la Historia, en la Colombina de Sevilla y en la Biblioteca provincial de Valladolid. Ninguno de los tres ejemplares es auténtico, siendo el mejor el de la Academia de la Historia. Acerca de la importancia de este códice y mérito geográfico del autor, dice el Sr. D. Vicente Barrantes en la pág. 35 de su citada obra: «Viniendo al códice del P. Coria, cuyo título (2) mismo está adulterado en todos los ejemplares, de que ofrece buena muestra el Diccionario bibliográfico del Sr. Muñoz, es así y todo importantísimo, como único cuerpo que de la historia general de Extremadura existe. Aficionado a fábulas el buen padre, cree a pies juntos en el rey Sicano, que dió nombre al Guadiana; pinta como si los hubiera visto con sus mismos ojos a los gigantes de Sicilia, y hace con tal esmero la genealogía del río Guadajira, que saca en línea recta su descendencia de Gerión; pero en cambio, como los falsos cronicones no estaban publicados todavía, no lleva tan profunda erudición a las antigüedades eclesiásticas, dejándolas poco menos que en su pureza primitiva. *En ningún autor hemos visto una tan excelente descripción de los ríos, como base de la Geografía;* idea oportunísima y de aquellos tiempos nada propia, que en los modernos mismos la tiene Teophile Lavallé casi por invención suya (3). Luego pasa a describir pueblo en pos de pueblo, sin olvidarse de los sitios célebres, despoblados, fortalezas, etc., copiando inscripciones y medallas e ilustrando tal vez con tino su historia y antigüedad».

Entre los muchos datos importantes que la Descripción de Extremadura contiene, figura una relación de trescientos noventa y seis nombres de poblaciones, cuya utilidad se pondera con sólo decir que es la única que existe de los pueblos de la antigua Extremadura

(1) Según D. Vicente Barrantes, Aparato Bibliográfico para la Historia de Extremadura t. II p. 25.

(2) Es el siguiente: «Descripción e historia general de la provincia de Extremadura, que trata de sus antigüedades y grandezas, y cosas memorables que en ella han sucedido en sucesión de tiempos, del principio de la fe y jerarquías eclesiásticas, predicación del Evangelio y fundación de sus iglesias y obispados, con otras cosas de nota: compuesta por Fr. Francisco de Coria, de la provincia de San Gabriel de los Descalzos de San Francisco». Teníamos noticia de esta obra, por el P. Flores que en el prólogo del t. VII de su España Sagrada, al final, dice que D. José Laso le comunicó por solicitud de D. Antonio Carmona, un tomo en 4.° inédito que es *Descripción e Historia general de Extremadura*, escrito en 1608 por el Rvdo. P. Fr. Francisco de Coria.

(3) Recuérdese que, en el siglo anterior, Fernández Enciso en su Descripción de España, se sirvió ya de esta misma idea.

y de su estado en los principios del siglo XVII. Hoy no existen muchos pueblos de los que figuran en dicha relación, ni apenas memoria de ellos. El Sr. Barrantes, que inserta dicha lista en las páginas 26 a 32 de su citada obra, advierte que, aunque curiosa, merece escasa fe por sus errores de copia y ortografía; y dice además, que es pobrísima en despoblados y ciudades antiguas.

**Juan Bautista Labaña.**—Nació este insigne cosmógrafo en Lisboa, ciudad que durante los siglos XV y XVI fué escuela de geógrafos y cartógrafos, pilotos y matemáticos. Felipe II le nombró catedrático de la Academia de matemáticas y arquitectura civil y militar que había fundado en Madrid, asignándole 400 ducados anuales, para que en dicha capital, o donde le fuere ordenado, leyere y enseñase las Matemáticas, la Cosmografía, la Geografía y la Topografía en la forma en que se le previniese. Le honró además con el título de Cosmógrafo Mayor, al que le añadió Felipe III el de Cronista de Portugal; y aún fué mayor el favor de que disfrutó nuestro geógrafo en tiempo de Felipe IV.

Por encargo y a expensas de la Diputación del reino de Aragón, que deseaba tener un mapa de este reino semejante al que tenía Cataluña estampado en Amsterdan, recorrió Labaña en los últimos meses del año 1610 y primeros del 1611, todo el territorio de aquel reino, y nos dejó, en la relación de su itinerario, una detalladísima y completa descripción del suelo de las tres provincias aragonesas, y un mapa de las mismas que fué el modelo de todos los que del mismo reino se publicaron por nacionales y extranjeros hasta el siglo XIX (1).

Para realizar su cometido, salió Labaña de Madrid el 28 de Octubre de 1610, y atravesando la provincia de Guadalajara entró en la de Zaragoza por Used, desde donde por Daroca y Cariñena marchó a la capital, a donde llegó el 4 de Noviembre. El día 8 empezó sus tareas en la Torre Nueva del reloj; de Zaragoza se trasladó a Alagón,

(1) Los principales artículos del contrato convenido por Labaña y los diputados aragoneses, se reducían a que aquél había de ir a aquel reino y hacer una descripción y mapa de él con la mayor exactitud y perfección, a cuyo fin recorrería todos los lugares, montes, valles, etc., para tomar las alturas y la situación astronómica en longitud y latitud, apuntando las cosas notables que observase conforme a la instrucción que se le diese: que el mapa se había de formar en seis pliegos de papel real como uno de Cataluña estampado en Amsterdan.., que el original dibujado por Labaña se había de guardar en el archivo del reino etc., etc. Véase la pág. XXI del prólogo al Itinerario del Reino de Aragón por D. Juan Bautista Labaña, obra impresa y publicada por la Excelentísima Diputación provincial de Zaragoza. Zaragoza 1895.

cruzó el Ebro, trabajó en Tauste, Ejea, Sádaba, Sos y Ruesta; entró en la provincia de Huesca por Hecho y Ansó; y después de haber hecho observaciones en Jaca y Auzánigo, volvió a la provincia de Zaragoza a continuarlas en Biel, Luna, Marracos y Almudévar. Pasó de nuevo a la de Huesca: trabajó desde la torre de la Catedral de esta ciudad, y después en Bolea, Monte Aragón, Santa Olaria la Mayor, Casbas, Alquezar, Salas Altas, El Grado, Naval, Ainsa, Graus y Benabarre: en los castillos de la Millera y de Monesma; en los de Tamarite y de Monzón, y en la Ermita de *San Quilis; en Nuestra Señora del Pueyo* de Barbastro, en Berbegal, Seca, Poliñino, Sariñena, Alcolea, Ballobar, Torrente y Candasmos. De nuevo entra en la de Zaragoza y observa desde las ermitas de *Santa Quiteria* de la Almolda, *San Caprasio* de Farlete y el santuario de Leciñena: en Zuera, Bardallur y Magallón; en el Santuario de la *Virgen de la Misericordia*, en Tarazona, Vera, Aranda de Moncayo, Ariza, Daroca, Fuentes de Jiloca, Munébrega, Campillo, Atea y Las Cuerdas. Después, en la provincia de Teruel, continuó sus observaciones en Ojos Negros, Perasens, Teruel, Puebla de Valverde, Sarrión, Rubielos, Cedrillos, La Sierra de Castelfrío, Alfambra, Olalla y Herreruela. Entrando de nuevo en la de Zaragoza, observó en Tobed, Cosuenda, Calatorao, Longares y en Nuestra Señora de Herrera; y regresando a la de Teruel, fijó su observatorio en Montalbán, Forcas, Linares, Mosqueruela, Cantavieja, Aguaviva, Fórnoles y Mazaleón. Volvió a entrar en la de Zaragoza para observar en Mequinenza y Caspe, y cruzar otra vez la de Teruel por Alcañiz, Calanda, Alcorisa y Samper. Desde aquí se dirigió a Alforque, Velilla, Quinto y Fuentes de Ebro, y dió por terminadas sus observaciones el 16 de Abril de 1611 en el *Pueyo de Gracia Alvero*, situado entre Torrecilla de Valmadrid y Mediana, conocido hoy con el nombre de *Puicervero* o *Sillero* y en el cual existe una señal geodésica de la red de primer orden establecida por el Instituto geográfico y estadístico (1).

(1) Véase prólogo citado pág. XXXII y XXXIII.—A consecuencia de ciertas cuestiones nacidas del retraso en que incurría Labaña en la terminación del mapa y de los apremios de la Diputación, a la que llegó a decir nuestro cosmógrafo que no se lo entregaba mientras *no se le diesen los dineros*, no quiso éste nunca entregar su Itinerario a los Diputados del Reino de Aragón a pesar de la insistencia con que se lo pedían. Muerto Labaña, olvidó España que existiese el manuscrito. Isaac Vossio adquirió una copia de él, sacada del original de letra de Labaña, y al morir lo legó a la Biblioteca de la Universidad de Leyden que lo conserva.

El arabista Asso, cónsul de S. M. en Amsterdan, vió y registró el cuaderno que había pertenecido a Vossio en Leyden, y lo comunicó a la Real Sociedad Aragonesa que encargó una copia de él, la cual guarda en su archivo, y de ella se ha hecho la edición que ha publicado la Diputación Aragonesa.

En cada uno de los lugares que acabamos de mencionar, fijó Labaña su observatorio en los puntos más elevados, y desde allí observó las condiciones topográficas de la localidad y lugares circunvecinos que nos describe con gran detalle, pudiendo decir que el reino de Aragón se adelantó con este hecho a todas las demás regiones de España que no tuvieron en el siglo XVII una descripción tan circunstanciada como la que el geógrafo portugués nos exhibe en su Itinerario. De éste se ha dicho que es la explicación de un mapa (1), pero es mucho más. Es la estadística más completa que hasta su tiempo se había hecho de todo lo que en sí encierra el reino de Aragón. Las condiciones topográficas de éste están en aquél bien determinadas; describe con exactitud las cuencas de los ríos que le fertilizan: indica con mucho cuidado los términos de las poblaciones lindantes con las regiones vecinas de Aragón; la categoría y pertenencia de casi todas las que menciona en el Itinerario, el número de vecinos, industria de sus habitantes, riegos, construcciones, monumentos, leyendas y tradiciones de algunas, todo está indicado en el registro de Labaña. Las órdenes monásticas que residían entonces en Aragón, el dominio de cada Comunidad, el número de individuos que la constituían, la fecha de la fundación y el nombre del fundador en algunas, están consignados con toda claridad.

Hacía pocos meses que los moriscos habían sido expulsados de Aragón, dejando casi despoblados los lugares en que ellos constituían el mayor núcleo de población. Labaña tiene buen cuidado de advertirnos esta circunstancia, al darnos el número de vecinos de Muel (*a*) (3), Nabal (67), Vardallut (109), Borja (111) Calcena (122), Villafeliche (138), Cosuenda (166), Calatorao (167), Alfamen (167), Calanda (189), Xelsa (195) y Mediana (196); en algunas de estas poblaciones quedó la población tan reducida, que en Alfamen quedaron sólo tres pobladores en las 120 casas que tenía; y en Bardallur, el párroco y dos cristianos.

Para que se vea el método que sigue Labaña, traduciremos la descripción que da de Calcena en la página 122 del Itinerario, en la que podremos ver que, no sólo a la expulsión de los moriscos se debió la decadencia de la Agricultura en estos reinos, sino que ésta, lo mismo que otras industrias, decayó en este tiempo en virtud de otras

(1) Prólogo citado pág. XXIV.

(*a*) Los números entre paréntesis indican la página del itinerario en que los menciona.

causas, de las cuales la principal fué el descubrimiento de América. Lupercio Leonardo de Argensola, en la declaración sumaria de la Historia de Aragón que escribió para la inteligencia del mapa de Labaña en el mismo año 1610, al exponer la riqueza de metales de oro y plata de los Pirineos, decía: «que por natural descuido o por imitar la prudente prohibición de los romanos, se desdeña la gente aragonesa del trabajo de las minas, que es propio de siervos y gente inapta para la guerra (1). Lo mismo, según Esteban de Corvera, sucedía en Cataluña, donde los franceses se iban haciendo dueños de las industrias del país. Y lo mismo se vé por la siguiente descripción de Labaña, que traducida dice así: Calcena es villa del Obispo de Tarazona, sita entre altas peñas, arrimada y edificada sobre ellas que se continúan con la sierra de Moncayo: tiene delante un valle muy angosto, por el cual corre el río Hiyuela, que deja la villa a mano izquierda. Está toda poblada de traperos: tendrá 320 vecinos, de los cuales los 20 cuanto más son labradores, porque tiene pocos campos en que labrar, siendo todo alrededor sierra y la misma villa es muy *ingreme* (2). Hay en el término de esta villa, por la parte del Nordeste, un valle que se llama el valle de Plata, en el cual hay minas de plata, cobre, estaño y plomo. *Los pozos de estas minas están unos arruinados y otros aguados:* de todos se ha extraido metal y se han beneficiado, principalmente plata, de que hay allí una casa donde se labraba, con los hornos para fundir el metal: dicha casa está más abajo de la villa $^1/_8$ de legua a lo largo del río. Hay otra de estibio (3), que hasta la expulsión de los moriscos se beneficiaba, sirviendo con mucho provecho para el vidriado que ellos hacían: ahora está aguada, pero en cuanto sea necesario se desaguará y se abrirán otras, porque de todos los referidos metales tiene minas este valle.

Junto a las últimas casas de esta villa, que llegan al río, a veinte pasos del borde de ellas brota una fuente notable de agua por debajo de las peñas en tanta abundancia que podrían con ella moverse dos molinos, pero no corre más que otros 40 ó 50 pasos entrando enseguida en el río.»

Respecto del mapa de Labaña, dijo D. Tomás Fermín de Lezaum en las notas marginales que en él puso, «que son poquísimas las poblaciones que no están señaladas con toda la debida exactitud»; y en

(1) Véase el Itinerario: apéndice, pág. 205.
(2) Adj. portugués que significa *escarpado.*
(3) *Alcofer* en el texto portugués.

otra nota se lee que «toda esta descripción se ha hecho con observaciones geométricas y astronómicas, reconociendo con ellas el sitio de todos los lugares, cuyas distancias fueron medidas por el aire, y con el auxilio de instrumentos matemáticos y especialmente con uno de que fué autor el insigne cosmógrafo (1)». Y para que se aprecie el mérito de este mapa, vamos a trasladar lo que D. Faustino Sancho y Gil dice de él en la pág. XXIX del prólogo al Itinerario. «No ha sido dada a luz hoja alguna mejor que ésta, producto de reconocimientos personales y de observaciones astronómicas. Todos los mapas de Aragón que después del de Labaña se han publicado, son copias, reducciones, o ampliaciones de él; único que pertenece a autor que ha recorrido el territorio a que alude. Los nombres equivocados que contiene, en los posteriores, equivocados con aumento están; y los lugares mal situados que nos ofrece, mal situados aparecen en los demás a que nos referimos. El mundo docto no se ha cansado todavía de alabar el mapa en dos hojas, intitulado: *Nova et acurata regni Aragoniæ descriptio* del fraile dominico Juan Seyra y Ferrer, grabado en París por Lebaux. Pues no se olvide que es una reducción del de Labaña; una copia servil de él, adicionada con algún dato, que no procede de observaciones directas. Tampoco se ha cansado de aplaudir la carta de Aragón del geógrafo d'Auville, a pesar de presentarnos transtornados muchos nombres; y tampoco debe olvidarse que es una mera copia de la de fray Seyra, o lo que es lo mismo, una copia indirecta de la del cosmógrafo portugués, sin que por esto se niegue las luces recogidas por el autor en la de Roussel, que es una de las descripciones más exactas y perfectas de los Pirineos que existen. En cambio, las cuatro hojas publicadas en 1765 por D. Tomás López, se hallan plagadas de errores... por haber el autor separado los ojos de la de Labaña, por no haber aceptado la longitud y latitud que éste hubo de asignar a la *Torre Nueva* y por haber rechazado la escala de 17 leguas y ½ al grado, por aquél usada. Estos hechos hablan muy alto en favor del mérito de la carta que nos ocupa, no limpia de lunares porque no dispuso el autor de los mil recursos, que para que acertase, le habría proporcionado la época, que en España se envanece, cuando oye el nombre del general Coello, o recuerda el Instituto que dirigió ayer Ibáñez y dirige hoy Arrillaga»... «Erró, sí, erró el hijo de Lisboa porque no podía menos de errar; a pesar de lo cual es su Mapa de Aragón el que ha sido construído con

(1) Prólogo cit. pág. XXVII.

más inteligencia. No tendremos otro mejor, mientras nuevo Labaña, provisto de finísima brújula, de delicados aparatos de reflexión, de las exactas tablas de declinación solar y otros mil auxiliares de que disponemos, no vuelva a recorrer el teatro del viaje de aquél...»

**Descripción anónima.**—Con el número 1802, se guarda en la sección de manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional una descripción de todas las provincias litorales de España y del reino de Portugal. Ignoramos el nombre del autor, que sabemos fué portugués y nació en Lisboa (1), aunque escribió en castellano. Sabemos también que compuso su descripción después del año de 1622, en tiempo de Felipe IV, y antes de separarse de Castilla el reino de Portugal (2): que su descripción, como la de Labaña, fué hecha en vista del país que recorría (3) y que la hacía de encargo y con arreglo a instrucciones que se le habían dado (4). Debió ser algún comisionado de la corte de Felipe IV, a quien se encargara el reconocimiento de las costas de la Península y línea fronteriza con Francia para que describiera minuciosamente aquéllas y ésta, fijándose especialmente en los puertos y plazas fuertes. Pero la descripción no se concreta a sólo esto, sino a todo el territorio de las provincias o reinos litorales, sin decir una palabra de las del interior: y por el método invariable que sigue en todas ellas podemos también deducir las instrucciones que para la descripción se le dieron, pues se ajusta, sin excepción, al siguiente plan: *Parte primera o descripción general* de la región o provincia, en la cual trata de las siguientes cuestiones: nombre de la provincia o reino: sus límites N. S. E. y O: extensión de su costa: largar, anchura y perímetro de la región: lugares o poblaciones más importantes y de mayor contratación mercantil: puertos de mar y condiciones de cada uno: vientos que perjudican a la navegación: accidentes del suelo de la región, ríos, producciones del suelo: productos que importa y exporta: industrias que en ella se ejercen: capital de la región o ciudad en que residen las autoridades superiores: nobleza de sus naturales: lengua, traje y escudo de armas. A esta parte sigue otra en la que

(1) V. folio 13, donde habla de Lisboa.

(2) V. folios 46 v.° líneas 6 y 22, y folio 38 en el que hablando de los reyes de Portugal llega hasta «Don Felipe IV nuestro señor, duodécimo rey de Portugal y tercero en el nombre».

(3) Véase folio 47.

(4) V. folio 53 v.° en el que dice de Valencia «La fertilidad deste abundantísimo reino es prodigiosa, porque abunda de tantas y tan diversas cosas que sería alargar más de la orden que llevo, querer numerarlas por sus nombres».

bajo el epígrafe «*De la costa, villas y lugares de esta provincia*» o *reino*, nos da una muy circunstanciada descripción particular de todo lo que hay en ella digna de mención. Es lástima que permanezca inédita esta preciosísima obra, cuyo mérito puede apreciarse por la muestra que ofrecemos, publicando a continuación parte de una de estas descripciones:

1.—*Descripción de las Asturias de Santillana.*—«Es nombrada esta provincia por diferentes nombres, diziéndola las quatro villas de la costa de la mar de Castilla, y otros la llaman Lamontaña, pero su antiguo y más propio nombre hes asturias de Santillana a diferencia de las de Oviedo. Sus límites son a la parte del levante con Biscaya, dividiéndose della por un pequeño arroyo que se entra en la mar siendo su primer lugar por aquella parte una aldea que dizen San Martín de Antón y a la del Medio día le quedan las altas sierras de yebana con que se divide de Castilla, quedando partiendo a la parte del poniente con las Asturias de Oviedo por un río que llaman Deba y finalmente a la del septentrión se termina con su costa que le baña el océano septentrional de España, gozando del por el espacio de bente y cinco leguas que es lo que esta probincia se estiende del Levante al Poniente: su anchura no es más que de diez leguas por lo más estendido, beniendo a tener en çercuyto sesenta leguas. Los lugares de más consideración y trato, son los que tiene en su costa, llamados Laredo, Santander, Castro y San Vicente, tomando el nombre destas cuatro villas más principales: goza de seis puertos de mar no de mucha consideración, salvo el de Santander que por su capacidad y grandeza, aunque no es de todo seguro, hes nombrado en España: tres dellos son con muelles y los otros tres, ríos con no buenas barras. Los bientos trabesíos que le ofenden así a los puertos como a su costa, son los referidos en las dos de Biscaya y Guipúzcoa: norte, norueste y este por correr toda esta costa del levante al poniente, y cuanto a hesta parte más se estiende tanto más son sus afeptos inreportables por quedar la mar más descubierta y desamparada a los dichos bientos y lebantar tanta tormenta que no les queda otro remedio a los que en tales tiempos por ella navegan sino procurar desviarse lo más que pudieren de la costa y sus puertos, porque así en ellos como en ella no tienen que esperar sino su total destruysión y naofragio».

«Es toda esta probincia montuosa; no le quitando su mucha aspereza ser muy poblada, porque en todos sus nombrados valles tiene

*(Continuará)* *José Alemany Bolufer*